

BOLSILIBROS

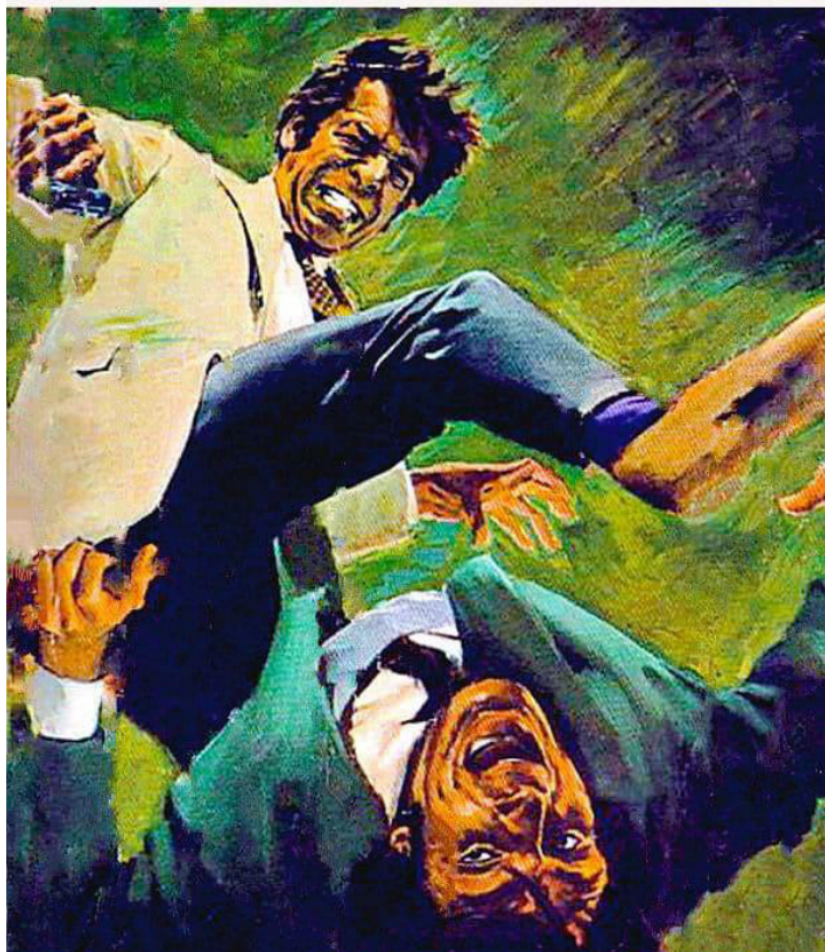


SERVICIO SECRETO



si algo me ocurriese...

Frank McFair



El hombre penetró en el hotel Los Angeles y se dirigió al mostrador.

Llevaba una maleta de piel de cerdo en la mano y el empleado lo calibró a la primera ojeada. Traje bueno y bien cortado, cabello rubio oscuro, que había estado bajo el cuidado de un buen peluquero, y ademanes desenvueltos.

Por tanto, se inclinó ante él con la reverencia que guardaba para los turistas que prometían buenas propinas.

—Tres habitaciones, con baño —dijo el hombre.

El recepcionista sonrió mientras abría el libro registro.



Frank McFair

Si algo me ocurriese

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1132

ePub r1.0

Titivillus 28-11-2019

Título original: *Si algo me ocurriese*
Frank McFair, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre penetró en el hotel Los Angeles y se dirigió al mostrador. Llevaba una maleta de piel de cerdo en la mano y el empleado lo calibró a la primera ojeada. Traje bueno y bien cortado, cabello rubio oscuro, que había estado bajo el cuidado de un buen peluquero, y ademanes desenvueltos.

Por tanto, se inclinó ante él con la reverencia que guardaba para los turistas que prometían buenas propinas.

—Tres habitaciones, con baño —dijo el hombre.

El recepcionista sonrió mientras abría el libro registro.

—La temporada está comenzando, señor —dijo—, pero procuraremos complacerlo.

—Necesito tres habitaciones —insistió el hombre dejando la maleta de piel de cerdo en el suelo a sus pies.

—Naturalmente, señor. Precisamente tenemos una *suite* en el segundo piso. Habitación 204. ¿Quiere verla antes de firmar?

—No es necesario. Un amigo me recomendó este hotel cuando le dije que venía a El Paso. Me dijo que había quedado contento.

—Hacemos lo que podemos por complacer a nuestros clientes, señor. ¿Quiere firmar, por favor?

Lo hizo. El empleado miró discretamente. Higgins, John. Procedencia: Chicago.

Cuando uno de los botones, a una seña del recepcionista, intentó cogerle la maleta, Higgins se lo impidió.

—Apenas pesa —dijo dándole un dólar—. Yo mismo la subiré.

La *suite* 204 era buena. Una sala, un dormitorio y un pequeño *living*. Y un baño, por supuesto. Higgins lanzó una mirada circular y aprobó ligeramente con la cabeza.

—El resto del equipaje llegará después —dijo—. Probablemente, esta noche o mañana. ¿Quiere encargarse de recogerlo y traerlo acá? Son dos maletas más.

Cuando el botones desapareció, míster John Higgins, de Chicago, se acercó a la ventana y entreabrió la persiana graduable.

Frente a él, al otro lado de la avenida Mobile, estaba el cine Mobile

y junto a él el Mexicana, de cuyas atracciones ya había oído hablar en Chicago.

Volvió a la cama y abrió la maleta. Sacó de ella un frasco de *whisky* y bebió un largo trago.

—Bueno, muchacho —dijo en voz alta—. La primera parte, cumplida.

No sentía miedo. Sólo un ligero hormigueo en los brazos y un poco de tensión en el diafragma.

Pero no era miedo. Solo... eso, tensión. Espera.

Lo que sí deseaba era que Margaret no tuviera tampoco impedimento alguno en salir de Chicago. Si la chica hacía las cosas bien y las haría, porque no era ninguna tonta, podría reunirse con él en cinco días, como mucho.

Y si había algún impedimento por parte de Meredith... Bueno, Margaret sabría arreglárselas. La carta que le había dejado a Meredith era bien clara y estaba redactada en términos que no dejaban lugar a dudas. ¿Qué podía hacer el viejo? ¿Intentar detener a la muchacha?

Higgins sonrió al pensarlo. Bebió otro trago. Meredith era demasiado zorro para hacer tal cosa.

Comprobó que llevaba los cheques de viajero en el bolsillo y salió de la habitación, tras cerrar la puerta.

—¿Dónde está el Exchange? —preguntó—. Quiero cambiar algunos cheques.

—Dos manzanas más abajo, en esta misma acera. No tiene que pasar cuidado con el equipaje, señor Higgins. Nosotros nos encargaremos de él. ¿Le dio el resguardo al botones?

—Sí.

En el Banco le cambiaron el cheque después de una comprobación rutinaria. Sacó dos mil quinientos dólares, calculando que entre eso y el dinero que llevaba encima tendría bastante.

Luego se dirigió a un comercio de alquiler de coches sin conductor. Escogió un «Chevrolet» del mismo modelo que el que conducía en Chicago, pagó y lentamente se dirigió hacia el puente internacional, por la calle Piedras, Montana y Stanton.

El sol lucía esplendoroso, la gente iba por la calle en mangas de camisa y hermosas muchachas mexicanas vendían flores en los puestos, sobre las aceras.

Paró el coche en Stanton, cerca del puente y contempló el tráfico de una parte a otra de la frontera. Había muchos turistas que pasaban a México en riada incesante, sin más trámites que presentar los pasaportes o los permisos de cuarenta y ocho horas.

Por fin, a las doce, regresó al hotel y entró en el comedor.

Todo le parecía nuevo y bello y le faltaba muy poco para encontrarse perfectamente a gusto con la vida. Ese poco que faltaba era una hermosa cabellera rubia y un cuerpo espléndido sobre dos piernas perfectas y que atendía al nombre de Margaret.

Pero todo llegaría.

Aquella tarde y sin retraso alguno llegaron sus dos maletas. Se cambió el traje de gabardina clara que había llevado todo el día por uno más oscuro, y cruzó la calle.

Había cenado excelentemente. El Mexicana le abrió sus puertas.

Elegió una mesa cerca de la pista y pidió un manhattan. Lo sorbió lentamente, mirando a su alrededor.

Había un grupo de mexicanos de ambos sexos alrededor de una mesa cercana. Cuando se volvió a mirarlos, una de las chicas, que parecía un poco bebida, le sonrió ligeramente, lo cual pareció molestar a uno de sus acompañantes.

Como Higgins no deseaba pendencia y había oído hablar mucho del carácter puntilloso de los mexicanos, no hizo el menor gesto. La muchacha era muy hermosa, con pelo oscuro y boca muy poco pintada. Uno de los hombres que estaba con ella se le parecía mucho y por su edad podría ser su padre.

Higgins había esperado durante mucho tiempo este momento que ahora vivía plenamente. Exactamente, dos años. Exactamente desde que decidió que el dinero que le pagaba Meredith apenas bastaba para el trabajo que él ejecutaba para el viejo.

Y entonces aprendió a hablar español. Tomó un profesor y sin que nadie lo supiera, comenzó a practicar. Dos años le llevó aprender la lengua y ahora estaba en condiciones de entenderse con cualquier persona nacida al sur del río Grande.

Bebió un nuevo manhattan, divirtiéndose interiormente al pensar en la cara que tendría Meredith, el gran Hugh Meredith, en estos momentos. Nada agradable de ver, por supuesto, pero Higgins no estaba obligado a verla. Mil trescientas millas a vuelo de pájaro le separaban de ella.

La muchacha mexicana estaba discutiendo con uno de los jóvenes de su grupo. Hasta Higgins llegaron algunas palabras en español.

—Te estás poniendo cargante, Daniel. Papá, dile a este memo que me deje tranquila.

—Tranquilos, los dos —respondió el hombre más viejo—. Hemos venido a divertirnos, no a discutir.

El profesor de español de Higgins le había cobrado caro, pero se había ganado los honorarios. Porque John Higgins entendía perfectamente lo que hablaban en el grupo.

Hasta las doce, las atracciones fueron perfectamente adecuadas para padres de familia, pero Higgins sabía que a partir de entonces comenzaría lo «picante».

Oyó que en la mesa vecina la discusión subía de tono. Al parecer, la muchacha deseaba quedarse y sus acompañantes pugnaban por llevársela de allí. De vez en cuando, Daniel lanzaba una sombría mirada a Higgins, que éste aparentaba no ver.

Por fin lograron persuadirla e Higgins se preparó para lo «picante».

Lo era, pero no como se lo había imaginado. Aquello estaba bien para turistas, pero no para alguien que verdaderamente supiese lo que era divertirse. Resultaba demasiado... correcto y soso.

Pagó y se marchó. Al llegar al hotel, se inclinó sobre el mostrador de recepción. El empleado le sonrió profesionalmente.

—¿Se divierte, señor?

—En cierto modo. Lo que hay en el Mexicana podría pasarse por televisión en el programa para niños. ¿Es que no hay...?

El empleado le devolvió la mirada sonriendo.

—Lo hay, señor.

Escribió rápidamente en una tarjeta y le, pasó ésta a Higgins. Había en ella dos direcciones.

—Dígales a los porteros que lo enviamos nosotros, míster Higgins. Creo que ahí encontrará lo que desea.

—¿Juego?

—Un poco. Si quiere jugar más fuerte tendrá que cruzar la divisoria.

—No deseo más que un poco de excitación, amigo. No he hecho un viaje tan largo para ver lo que podría haber disfrutado en el salón de mi casa.

—Vaya a esos sitios y si no le resultan, cruce la frontera. Le puedo indicar unos cuantos lugares al otro lado.

—Gracias.

Durmió perfectamente y por la mañana bajó. Un hombre estaba sujetando en la pared, junto al mostrador, un cartel de toros. En la plaza de Ciudad Juárez iba a haber una buena corrida.

Cogió el coche y se dirigió al puente internacional. Presentó su pasaporte y cuando lo comprobaron, pasó al otro lado. Un poco antes de llegar a la avenida del 16 de Setiembre, vio la plaza.

Estuvo paseando por los alrededores hasta que abrieron las taquillas y pudo sacar su localidad. Compró lotería y comió en un restaurante de la calle Guerrero. Lo miraba todo y se llenaba los ojos de la luz, el ruido, y olfateaba los olores de flores, frutas, perfume y sudor.

Cuando a las cuatro entró en la plaza y se sentó en su localidad, lo primero que vio fue a la muchacha mexicana de la noche anterior. Estaba sentada a su lado y junto a ella se hallaba su padre.

Higgins se quitó el sombrero y la joven le echó una rápida mirada. Hizo un gesto vago y luego se puso a mirar a la plaza.

Cuando estoquearon al primer toro, Higgins hizo un gesto. Ya le habían advertido que aquella parte de la fiesta no le iba a gustar demasiado. Se volvió ligeramente a su vecina y vio que ella lo estaba mirando.

—¿No le gusta la sangre? —preguntó ella en inglés.

—Pues... no la he bebido nunca —respondió Higgins en castellano. Ella sonrió.

—Seguro que es la primera corrida que presencia. Vea unas cuantas más y se acostumbrará. Es la parte más bella de la corrida.

Y se puso a aplaudir con fuerza. Higgins, que encontraba más interesantes las tostadas piernas de la muchacha que lo que ocurría en el ruedo, dijo:

—¿Se puso ya Daniel de mejor humor?

Ella lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Cómo sabe...? Ah, bueno, oyó anoche a ese escandaloso. Supongo que sí. Lo castigué. Espero que a la noche se le haya pasado todo.

El padre de la muchacha se inclinó hacia ellos.

—¿Vinieron a ver la corrida o a charlar? —preguntó.

—No seas cenizo, papá. Daniel te contagió.

—No me digas. Yanqui, fíjese en «Garrochito». Ahora dará unos

pases al natural, luego los ligará con el de pecho y... ¡eso es un torero!

Lanzó un aullido que se oyó en toda la plaza e Higgins se sintió algo cohibido. Pero cuando observó que nadie parecía hacer caso, se dirigió de nuevo a su vecina.

—Usted tenía razón. Es la primera corrida que veo y esto hay que entenderlo. ¿Hay todos los días?

—¡Claro que no! La próxima será el domingo. No sólo es la primera corrida que ve, sino que me parece que es también la primera vez que viene a México. Pero habla muy bien el castellano. ¿Estuvo en algún otro país latino o en España?

—No. Lo aprendí en el Norte.

—Pero, bueno, ¿vienen a ver los toros o a charlar? —repitió aullando el padre de la muchacha—. Blanca, cállate, por Dios. No me dejas ver la corrida.

—Bonito nombre —dijo Higgins—. Yo me llamo John. John Higgins.

—Blanca Delabarre.

—Oiga, ¿de verdad le interesa mucho esto?

—Claro que sí. Es una magnífica corrida. «Garrochito» está haciendo la faena de su vida. Mírelo.

—Prefiero mirarla a usted.

Un clamor inmenso se levantó del graderío. «Garrochito» acababa de ensartar a su toro y éste doblaba las patas, chorreando sangre por la boca.

Comenzaron a agitarse cientos de pañuelos.

Blanca se volvió a su padre y le dijo algo en voz baja. El hombre miró a Higgins.

—¿No le gustan los toros, míster?

—Claro que sí.

—¿Entonces, por qué quiere marcharse?

—No quiero marcharme. Sólo beber algo y le preguntaba a la señorita si quiere acompañarme. ¿Usted lo permite? No quiero ser incorrecto. Conozco poco las costumbres.

—Como si el que yo lo permitiera fuera a servir de algo. Pero quiero que vea la corrida, no que se vaya. ¿Oyes, Blanca?

Ella se encogió de hombros.

Cuando acabó, Higgins los invitó a beber. Tomaron unas cervezas y

luego los Delabarre se despidieron diciendo que habían tenido mucho gusto, pero que tenían que ver a unos amigos. John encontró aún tiempo para estrechar la mano de la joven.

—¿Volveré a verla? Me gustaría que me enseñase esto.

—¿No va muy aprisa, míster Higgins? Además...

—Además está Daniel, ¿no?

—Digamos que, efectivamente, está Daniel.

—Ya estoy en el hotel Los Angeles, frente al Mexicana. ¿No va a volver por allí?

—Puede que sí, y puede que no.

Al decirlo, sonreía. Tenía unas mejillas tostadas ligeramente pecosas y el sol brillaba en sus oscuros cabellos. Sus manos eran finas y las piernas torneadas a partir de las rodillas, que era lo que se veía.

El padre la llamaba ya a grandes voces. Ella le saludó con la mano y se alejó.

John Higgins conocía a las mujeres y sabía que ejercía sobre ellas un atractivo físico bastante acusado. Con una ligera sensación de fracaso por no haber podido llegar a una aproximación más concreta con la muchacha, se bebió un par de tequilas y tomó el coche. Media hora después estaba en el hotel.

Al cruzar el vestíbulo, éste estaba casi desierto. Solamente había un hombre sentado en un sillón, que leía un periódico.

Higgins le echó una rápida ojeada, pero no pudo verle la cara. El pulso se le aceleró ligeramente, pero aún no sentía miedo. No había por qué tenerlo, se dijo mientras ascendía la escalera.

El viejo Hugh Meredith no podía haberlo localizado tan rápidamente. No, ni aun un hombre con su poder. Simplemente, no había tenido tiempo para ello.

Más tarde o más temprano sí acabaría por encontrarlo, pero confiaba en que Margaret se le reuniera y pudieran ambos cruzar la frontera antes de que ello ocurriese.

Se encogió de hombros y se metió en su cuarto. No obstante, no se olvidó de correr el cerrojo a la puerta y colocar una silla detrás de ésta, sujetando el picaporte. Si alguien quería entrar armaría un ruido de los demonios.

Se durmió casi enseguida.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente bajó al comedor y lanzó una mirada inquisitiva alrededor.

No había más que unas diez o doce personas y ninguna de ellas le era ni remotamente conocida. Todos parecían turistas de clase media. Abundaban las cámaras fotográficas y las barrigas redondas de los hombres.

Dio una vuelta por la ciudad, pero no logró ver a Blanca Delabarre. La tarde transcurrió de la misma manera. Bebió en varios lugares, pero no cruzó la divisoria. Aguardaba la noche para ver si la muchacha iba o no al Mexicana con más impaciencia de la que quería confesarse a sí mismo.

Por último, cenó y subió a cambiarse de traje. Había bebido demasiado, dos manhattan, y se encontraba ligeramente pesado. Abrió la puerta de su habitación y encendió la luz.

—Hola —dijo una voz.

Higgins se quedó completamente quieto. Ya estaba allí. Ya había sucedido y se estaba preguntando cómo diablos habían podido descubrirlo tan pronto.

Se volvió ligeramente, esperando oír la acostumbrada voz de «no te muevas, no hagas el más ligero movimiento...».

La voz no llegó.

Y tampoco conocía al hombre.

El siempre creyó que conocía de memoria todas las caras de los muchachos de Meredith, pero éste le era completamente desconocido.

Era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura y ojos y pelo oscuros. Tuvo tiempo de examinarlo mientras el otro daba un paso y cerraba la puerta.

—Dispense que haya entrado en su cuarto, Higgins —dijo el hombre—. Pero deseaba hablar con usted sin que nadie me viera hacerlo.

—¿Quién es usted?

El hombre lo miraba especulativamente.

—¿Tienes armas, Higgins?

John llevaba una pistola colgando de un arnés, bajo el sobaco izquierdo. Al oír la pregunta, apretó ligeramente el brazo, y el otro se dio cuenta.

—Sí —dijo con acento reflexivo, como contestándose a sí mismo—. Bien, no creo que la necesite, Higgins, pero tampoco me gustaría que sintiera deseos de hacerlo.

Hizo una ligera pausa.

—No corre ningún peligro, Higgins. No... —Otra pausa—, no, al menos conmigo.

—¿Quién es usted? —repitió John.

—Mi nombre es Stepanek, aunque no creo que eso le diga nada. Mi cargo, tal vez. Soy agente del Tesoro.

—¿De veras? —preguntó John recelosamente.

—En efecto. Voy a sacar mi documentación, no un arma, así que, por favor, no se altere. No tema que vaya a sacar otra cosa cualquiera.

Metió la mano en el bolsillo e Higgins hizo un rápido gesto. Stepanek quedó quieto.

—Puede usted hacerlo por sí mismo, Higgins. En este bolsillo tengo el carnet. Sáquelo.

—Usted.

Stepanek lo hizo y le tendió algo a John. Éste lo cogió y lo comprobó. Por lo que él sabía, aquello estaba en regla.

—Bien —dijo tendiéndoselo de nuevo—. ¿Qué quiere de mí?

—Un poco de charla, Higgins.

—Es tarde y tengo varias cosas que hacer.

—No le entretendré mucho tiempo.

Higgins se dirigió hacia el armario donde estaban sus cosas y lo abrió. Pero continuaba con la mano en la pistola, sin perder al otro de vista.

—¿Un trago, Stepanek?

—Gracias, no bebo.

—¿Se considera de servicio o no quiere beber conmigo?

—Digamos que ninguna de ambas cosas. Simplemente, no me apetece hacerlo ahora.

—Bien, ¿piensa acusarme de algo? En ese caso, ¿de qué?

—En absoluto, Higgins, en absoluto. No he pensado en acusarle, ni un solo momento. Ya le he dicho que sólo quiero un poco de charla.

Higgins se sirvió «Bourbon». La pistola seguía amenazando al otro. Un carnet se falsifica de muchos modos. Hay especialistas en ello. Pero a lo que él se le alcanzaba, aquél era genuino. Y había visto en varias ocasiones carnets como aquél.

Lo tomó puro. Pensó vagamente que no le convenía beber más. Pero por el momento le interesaba conocer las intenciones de Stepanek.

Naturalmente que no podía acusarle de nada, a menos que las cosas hubieran cambiado mucho, pero le extrañaba la presencia del hombre del Tesoro tan rápidamente en su camino.

—¿Qué desea, Stepanek?

—Higgins, ¿sabe usted que Hugh Meredith le anda buscando?

—No, por cierto, ¿por qué habría de hacerlo?

—Así es. Lo hace.

—Muy bien, ¿y qué hay con ello?

Stepanek movió la cabeza pensativamente.

—Creo que no quiere entender, Higgins. Lo está buscando... aquí.

Higgins sonrió.

—Bueno, me busca aquí, ¿qué hay con eso?

—¿No le extraña que haya dado tan pronto con su paradero?

Claro que le extrañaba. Le extrañaba y lo intranquilizaba. Pero no iba a decírselo al hombre del Tesoro.

—¿De veras no le asusta? —preguntó Stepanek como si estuviera leyendo sus pensamientos.

Higgins hizo un gesto, sin responder.

—Desde luego que no. ¿Por qué habría de asustarme? Hugh Meredith es...

Iba a decir: «mi amigo». Pero ¿desde cuándo Hugh Meredith había tenido amigos? Cambió la palabra.

—Mi patrón.

—¿De veras?

Stepanek pareció meditar. Luego agregó:

—¿Después de lo que usted le hizo?

—¿Hice a quién? Me parece, Stepanek, que está usted equivocando el punto de mira. No creo que sea a mí a quien usted quería ver.

—Usted —respondió el hombre con la misma voz tranquila—, es Higgins. Lo busco a usted. Lo he encontrado.

—Mi nombre es Higgins, sí, pero ignoro por qué diablos puede usted buscarme a mí y decirme todo eso.

—Bueno, ya que lo toma así, le diré algo: Si Meredith ha dado tan pronto con usted, es porque nosotros le hemos hecho saber dónde estaba.

El frasco se detuvo a medio camino de la boca de Higgins.

—¿Qué? Repita eso.

—Sí, nosotros se lo hicimos saber. El Tesoro de Estados Unidos, si lo prefiere.

Se acarició la barbilla.

—Reservándonos, como es natural, ciertos detalles esenciales, para evitar que lo encontrase antes que nosotros pudiéramos hablar con usted.

Miró el reloj en su muñeca.

—Pero —añadió— no creo que tarden en dar con el hotel. No, no creo que tarden mucho.

Higgins acabó de beber.

—Stepanek, diga ya de una vez lo que quiere de mí. Tengo prisa.

Stepanek le clavó los ojos. Eran azules, calmosos y fríos.

—¿No le interesa saber por qué hicimos conocer a Meredith el lugar en que usted se escondía?

—No me escondo, y no me interesan las charadas. Diga lo que sea y váyase. He de vestirme.

—Lo hicimos para que Meredith pudiera encontrarlo, naturalmente. Porque...

Una pausa significativa.

—... Porque de esa forma pensábamos que usted aceptaría la protección que nosotros podemos brindarle.

Higgins se echó a reír secamente.

—Vamos, vamos, Stepanek. No parece usted un bromista, pero está diciendo algo que suena positivamente como una broma.

Stepanek movió la cabeza negativamente.

—No, Higgins, no bromeo. En primer lugar no acostumbro a bromear. En segundo lugar, usted va a necesitar protección dentro de muy poco tiempo. Y nosotros podemos prestársela. Hemos supuesto que le interesaría saberlo.

Higgins se inclinó hacia el otro. Lo dominaba con la estatura, pero aquello no parecía influir en la serenidad de Stepanek.

—Escuche, papá, y métaselo bien en la cabeza: no necesito protección. Y menos en todo aquello que se refiera a Meredith. No

he hecho nada ni a Meredith ni a nadie que necesite la protección del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

—¿De veras?

—Así es. Vaya rumiándolo, guíselo y cómallo. He trabajado hasta hace poco para él, eso es todo. No veo que ello necesite protección alguna. Meredith es un hombre de negocios. ¿Por qué habría de necesitar protección alguien que ha trabajado para él? ¿La necesitaría usted si un día dejase de trabajar para el secretario del Tesoro?

—Pues sí, Higgins —respondió Stepanek tranquilamente, como si no le hubiese estado escuchando—. La va usted a necesitar. Y nosotros estamos dispuestos a proporcionársela..., a cambio de una pequeña información.

Higgins, esta vez, se echó a reír abiertamente.

—Vamos, vamos, papaito. Beba un trago y déjese de tonterías.

Stepanek levantó los ojos. En ellos había aparecido un destello acerado.

—Higgins, escúcheme.

—Bueno, no he hecho otra cosa desde hace veinte minutos.

—Higgins, usted se alzó con más de medio millón de dólares que Hugh Meredith considera como suyos. Fíjese bien que digo considera, no que le pertenezcan en realidad. Pero para el caso, tanto da una cosa como otra.

Pausa.

—Y va a necesitar protección. Porque cuando Hugh Meredith lo encuentre, lo que quede de usted apenas bastará para llenar un paquete de cigarrillos.

—No sea macabro, Stepanek. No pienso asustarme. Pero..., vamos a ver si aclaramos conceptos. Porque en este momento no sé de qué está usted hablando siquiera. Dice que yo le robé a Hugh Meredith *nada* menos que medio millón de dólares. Pero, diablos, ¿no se habrá usted pasado en los tragos al otro lado de la frontera? He oído decir que la tequila hace a veces pensar y decir cosas raras. O, ¿es el mezcal? Sí, creo que es el mezcal el que hace ver cosas que no existen.

Alzó un brazo hacia el techo.

—¡Medio millón de dólares! Diantres, ¿por qué no me habla de la conquista de la Luna por un saltimbanqui? Usted, simplemente, no

sabe ni de lo que está hablando.

—Sí. Y no he dicho medio millón, sino más de medio millón. Verá, Higgins, ¿le importaría que le hiciera esperar otro momento e hiciera un poco de historia?

—Claro que me importaría. Tengo prisa y se lo dije.

—Bueno, cinco minutos más no importarán. No creo que tenga ninguna cita importante.

—Eso es algo cuya importancia me reservo, Stepanek.

—No es más que un momento. Vea, Higgins, usted era el contador de Hugh Meredith.

—Por favor, no me descubra ahora que Napoleón ha muerto. No podría resistir el impacto de la novedad.

—Y estaba, por tanto, enterado de todos los negocios sucios de Meredith. De los que había realizado y de los que estaba a punto de realizar.

Higgins alzó una ceja.

—No se propase, Stepanek. Sobre todo si no tiene pruebas de lo que dice. Mister Meredith es, como todos saben, un respetable hombre de negocios y podría demandarlo por difamación.

—Es posible.

Stepanek parecía imperturbable.

—Pero volvamos a usted, Higgins. El caso es que usted, ignoramos cómo, tuvo acceso a una cierta cantidad de dinero, más de medio millón de dólares, y se apropió de ella.

—Ahora soy yo quien podría demandarlo, Stepanek. Me está acusando de robo.

—Hágalo —respondió el hombre del Tesoro—. Hágalo y nuestros contadores aprovecharán inmediatamente la ocasión para meter las narices en los asuntos de Hugh Meredith. Sólo estamos esperando eso precisamente, una ocasión parecida.

Higgins se mordió la lengua, reflexivamente.

—Bueno, si tan seguros están, ¿por qué no me detienen por ladrón? No tendría usted más que avisar a la policía.

Stepanek suspiró.

—No se ha presentado ninguna denuncia contra usted, Higgins. Por eso no lo detengo ahora mismo.

—Entonces, ¿a qué diablos viene todo este ruido por su parte, Stepanek? ¿De dónde han sacado la noticia, a no ser de sus

calenturientos cerebros?

—De otros... conductos, Higgins. Pero no se trata ahora de eso. Queremos encarar el asunto de otra manera.

Hizo una pausa.

—Y es ésta la manera en que queremos hacerlo. Si Meredith no lo ha acusado es porque sabe que usted podría defenderse y acusarlo a su vez. No es usted el pez que perseguimos, Higgins, sino a Meredith, a Papá Tiburón. Pero un jefe de contadores, como usted, ha tenido que enterarse de muchas cosas durante el tiempo que estuvo trabajando para Meredith. Por tanto, éste no quiere intervenciones oficiales. No le interesan.

Procurará que usted le devuelva el dinero, pero sin alborotos. Y si no se lo devuelve...

—¿Qué? Y fíjese bien, Stepanek, que no admito nada en absoluto. No admito que haya tocado un céntimo de Meredith. Simplemente y por curiosidad, pregunto: ¿qué?

—Pues que un día lo encontrarán con una navaja en las costillas, o dos balas en la cabeza o ahogado bajo una almohada o descuartizado, o con un pedestal de cemento en los pies, en el fondo de un río. Ignoro todos los métodos que tenga Meredith para castigar una cosa así, pero estoy seguro de que empleará cualquiera de ellos.

—No lo creo, Stepanek. Míster Meredith es un caballero. Sería incapaz de hacer una cosa así conmigo. Eramos amigos. Bueno, somos amigos.

Su voz sonaba reciamente, la voz de un hombre convencido. Stepanek lo miraba con ironía en sus fríos ojos azules.

—¿Por qué dejó usted su trabajo tan repentinamente. Higgins?

—Por cierto que no le dejé repentinamente. Un médico me encontró agotado por el trabajo y me recomendó el clima del Sur, el sol, el aire libre, todas esas cosas.

—¿Qué médico, Higgins?

—Ignoro su nombre. Ni dónde vivía. Me lo recomendó un amigo, eso es todo. Al parecer mis pulmones no resisten bien el clima húmedo y frío de Chicago.

Stepanek se puso en pie.

—Bien, Higgins, eso es todo..., por el momento. Sólo me resta decirle que dentro de poco tiempo, muy poco, realmente, tendrá

usted aquí a Meredith o alguno de sus hombres. Y puede que entonces no fanfarronee tanto.

Pausa.

—Pero si ha cambiado usted de opinión, no vacile en hacérmelo saber. Nosotros lo protegeremos. Claro que con una condición.

—¿Cuál, papáito Tesoro?

—Es sencillo. Mucho: la de que usted nos proporcione las pruebas de las actividades de Meredith. Algo por donde podamos comenzar a echarle el diente.

Miró atentamente a Higgins.

—La más mínima prueba, Higgins, y nosotros nos encargaremos de que se pudra en la cárcel por el resto de su vida. Eso es lo que queremos de usted. Y a cambio de ello lo protegeremos de los hombres de Meredith.

Se dirigió hacia la puerta.

—Se me olvidaba, Higgins. En el aeropuerto he visto esta tarde a Horsteter. Y no parecía de muy buen humor. No, no creo que estuviera de buen humor. Tal vez a él no le siente bien el clima seco y cálido del sur.

Abrió la puerta y la cerró suavemente tras de sí. Durante casi cinco minutos, con el ceño fruncido, Higgins miró al entrepaño. Por último, una ligera sonrisa crispó sus labios.

—Veremos si Blanca Delabarre tiene algo que hacer esta noche en el Mexicana —dijo en voz alta.

Y comenzó a cambiarse de traje.

CAPÍTULO III

Pero Blanca no estaba en el Mexicana, ni llegó durante el tiempo que Higgins permaneció en él, aproximadamente una hora. Decepcionado, tras de haberse bebido otros dos manhattan, pagó y se dirigió a la salida. Un hombre que entraba en ese momento, casi tropezó con él.

—Hola —dijo Stepanek—. ¿Se marchaba ya?

—¿Tiene algo que oponer el Tesoro a ello?

—Por supuesto, no. Me alegro de haberlo encontrado, sin embargo. Quizá sepa ya la noticia, pero nada pierdo con dársela. ¿Ha visto a sus amigos?

—¿Qué amigos?

—A los muchachos de Meredith. Tengo entendido que han preguntado por usted en el hotel.

El pulso de Higgins se aceleró.

—¿De veras? —preguntó fríamente. Al menos esperaba que su tono sonase suficientemente frío.

—Así es —respondió el hombre del Tesoro—. ¿No tiene nada para mí, Higgins?

—No.

—Bueno, ya sabe dónde puede encontrarme en el caso de que cambie de opinión. En la comisaría de policía de Cornish.

Dio media vuelta y salió del *cabaret*. Higgins salió a la calzada, pensando si acaso no sería mejor largarse a México sin esperar a Margaret. Le hubiera gustado verla, y Stepanek podía estar mintiendo, pero ¿y si no mentía? ¿Y si efectivamente habían llegado ya?

Cruzó la calle y entró en el hotel. El recepcionista le sonrió.

—¿Preguntó alguien por mí? —dijo de una manera casual.

—Sí, señor. Dos hombres. Querían esperarlo en su habitación, pero les dije que las visitas debían esperar fuera en caso de no estar el cliente. Es la regla. Espero haber hecho bien.

—Desde luego.

Miró a su alrededor y el recepcionista vio el gesto.

—Oh, se marcharon hace un buen rato. Casi media hora.

—¿Dijeron si volverían o no?

—No, señor.

—Gracias.

Le alargó un billete de cinco dólares. Convenía tenerlo de su parte si las cosas se ponían mal.

Dudó un momento si subir o no a su habitación, pero no tenía ningún deseo de encontrarse solo. Había visto muchas veces a Horsteter, y hablado con él en algunas ocasiones. Parecía cordial y amable, pero sus ojos lo traicionaban. Podía ser muy desagradable si se lo proponía y era de esperar que en esta ocasión se propusiese serlo.

Otra cosa hubiera sido de haber venido el propio Meredith. Pero ¿sería capaz de dar la cara, ni siquiera por medio millón de dólares?

—Me dijo usted que conocía un par de sitios al otro lado de la divisoria, donde podría echar unas manitas de póker —dijo al empleado. Éste asintió.

Escribió rápidamente en un papel.

—No se olvide de decir que va de mi parte, señor. Eso le allanaría alguna dificultad en el caso de que surgiera.

Buscaba la propina que los dueños de los garitos entregan a los de los hoteles. Lo usual.

—Me acercaré un rato —dijo—. Supongo que no será demasiado tarde para cruzar la frontera. Son casi las diez y media.

—Oh, no, está abierta hasta las doce y media. En último caso puede quedarse a dormir en Ciudad Juárez. Le puedo recomendar un buen hotel.

—Gracias. Procuraré no demorarme demasiado.

Era inútil tratar de engañarse a sí mismo. Estaba postergando todo lo posible la conversación con Horsteter.

Salió a la calle. Tomó el coche y se dirigió hacia Piedras. Al llegar a la esquina vio un bar cuyo luminoso enviaba un chorro de luz a la calle y pensó que otra copa no le vendría mal. Se apeó y entró.

Pidió una cerveza. No le convenía cargarse demasiado. La bebió lentamente, pagó y se bajó del taburete para salir.

—Hola —dijo una voz a su lado—. Hola, Higgins.

Se volvió y quedó enfrentado a los ojos azules de Horsteter. Éste era un hombre de mediana estatura, ancho de hombros y pelo

perfectamente planchado sobre el cráneo y untado con brillantina perfumada. El olor de la pomada llegaba hasta Higgins.

Junto a Horsteter estaba Link Belluno, alto, moreno de ojos soñadores y muñecas finas como las de una mujer. Llevaba un traje azul y una corbata color de rosa.

—¿Un trago? —preguntó Horsteter. No sonreía, pero su mirada no era inamistosa.

—Acabo de beber la espuela. Pensaba irme a dormir.

—Ah, bueno, un trago no le hará mal, viejo. A nadie le hace mal. Camarero, tráiganos tres *whiskys*. Uno de ellos con agua y no muy largo.

Higgins dijo lentamente:

—Dije que no quería beber más.

Horsteter lo contempló con fijeza.

—Bueno, pero al menos, nos dejará beber a nosotros, ¿no?

—Beban lo que quieran. Les dejo el sitio, porque yo me voy a dormir.

—Espere un momento, hombre. Se trata de un momento nada más. Luego hablaremos un rato. Iremos a su hotel y charlaremos un rato.

—Mi habitación la reservo para mí.

—Bueno, pero...

Con el rabillo del ojo, Higgins vio entrar a tres personas en el bar. Eran Blanca Delabarre, su padre y Daniel. La joven lo vio casi al mismo tiempo e inició una sonrisa.

Deliberadamente, Higgins le volvió la espalda. Blanca, que ya se dirigía hacia él, se quedó quieta.

Daniel, con el ceño fruncido, le dijo algo y ella sacudió la cabeza. Pareció sorprendida por el comportamiento de Higgins, pero sólo durante un instante. Luego, junto con los dos hombres, se dirigió a otro lugar del bar.

—Esa chica lo conoce a usted, Higgins —dijo Horsteter.

—¿Quién? No conozco a nadie aquí.

—Si usted lo dice... Bien, podemos tener esa amistosa charla.

—En mi hotel, no. Hablen aquí, si quieren.

Belluno no había abierto la boca hasta entonces. Dijo:

—Higgins, el patrón quiere hablar con usted.

—¿De veras?

—Sí, Higgins. Nos ha encargado que le digamos que desea hablar

con usted.

—Bueno... Lamento tener que negarme, pero el caso es que apenas tengo tiempo.

—Pero el patrón —insistió Belluno con la misma voz—, quiere hablar con usted.

—Mire, Horsteter —dijo Higgins ignorando a Belluno—. Vamos a ver si podemos ponemos de acuerdo. No pienso volver a Chicago. Pienso quedarme aquí. Cuanto antes se convengan de eso, mejor para todos.

Horsteter dijo amablemente:

—El patrón no es hombre al que se le pueda decir «no quiero». Eso ya debería saberlo usted. Lo necesita allá. Nos ha encargado muy especialmente que se lo hagamos saber.

—No me necesita. Tiene allí otros hombres tan útiles como yo. Por ejemplo, Jimmy Bernaz. El puede hacer el trabajo perfectamente. Tan bien como yo.

—Pero el patrón quiere verlo a usted, no a Jimmy Bernaz.

Aquello estaba poniéndose pesado. Pese a que volvía a sentir el familiar peso en el diafragma, Higgins deseaba acabar con aquella situación.

—Lo siento. Nada que hacer.

Al volverse lentamente, vio los ojos de Blanca clavados en él. Los desvió al momento, pero no cabía duda de que había estado observándolo. También lo había hecho el padre.

—Adiós —dijo a los otros dos—. Me voy a la cama. Díganle a míster Meredith que lo siento, pero que no voy a volver allá.

—¿No? —preguntó Horsteter.

—No.

—Bueno, así se lo haremos saber. ¿Ha tenido usted noticias de Margaret?

Higgins lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos le importa a usted eso?

—No es que me importe, pero el caso es que si usted se niega a volver allá, quizá Margaret podría molestarse con usted. ¿No es así, Belluno?

—Seguro. Cualquier chica se enfadaría si un tipo la plantase como Higgins ha plantado a Maggie.

Los ojos de Higgins eran muy fríos, pero su voz; sonó

calmosamente.

—Horsteter, me va a hacer un favor. Dígale a Meredith que si pone en peligro a Margaret, le voy a dar una respuesta que no le va a gustar.

Hablaba en voz baja. Los otros no le quitaban la mirada de encima.

—Dígle que deje a la chica en paz si no quiere tener disgustos. Dígaselo y asegúrese de que lo ha entendido bien. No quiero hablar más, pero él sabe que digo la verdad. Dígaselo bien clarito.

—Entonces —dijo Belluno al cabo de un momento—, ¿no quiere venir con nosotros allá?

—No.

Horsteter dejó un billete de cinco dólares sobre el mostrador y recogió el cambio.

—Está bien. No diga luego que no le avisamos, Higgins.

Pareció que Belluno iba a decir algo, pero Horsteter le tocó con la mano en el brazo y ambos se dirigieron hacia la salida. Higgins vio cómo se quedaban en la puerta hablando y mirando de vez en cuando hacia el interior.

El grupo de mexicanos había acabado sus bebidas y también salían. La muchacha pasó junto a John sin mirarlo, pero el señor Delabarre se volvió hacia él.

—Borracho, ¿eh? —dijo despectivamente.

Blanca lo cogió del brazo y tiró de él. Cuando pasaron por la puerta, Horsteter siguió a la joven con una larga mirada. Higgins lo notó y apretó las mandíbulas.

Luego ya no vio a los dos hombres. Habían debido alejarse.

Salió y miró a ambos lados de la iluminada calle de Piedras. No los distinguió por parte alguna.

Entró en el coche. Ya no iba a ir a México esa noche. ¿Para qué? Lo que había de ocurrir había sucedido ya. Las cosas, o se aclaraban definitivamente, o se complicarían más, pero de lo que estaba seguro es de que aquella misma noche Meredith conocería su postura. Lo que después hiciera era ya cosa suya, aunque conociendo el gran Hugh Meredith sabía que «algo» haría.

Aquella noche volvió a poner la silla contra la puerta, después de haber corrido el cerrojo y comprobado que las ventanas estaban bien cerradas, sobre todo la de la salida de incendios.

Durante dos días, en los cuales preguntó varias veces si había noticias para él, recibiendo siempre la misma respuesta en la lista de correos, haraganeó por la ciudad.

Comenzaba a ponerse nervioso.

Margaret debería ya haber dado señales de vida. La echaba de menos y más aún porque no había vuelto a encontrar a Blanca Delabarre.

El segundo día le pareció verla a lo lejos, a la entrada de los almacenes Macy, pero no estaba seguro y no se quiso aproximar, porque aun cuando no estaban a la vista, sabía que Horsteter y Belluno no andarían lejos.

En cuanto a Stepanek también parecía haber desaparecido de la circulación.

Por fin, la noche del segundo día no pudo resistir más y cruzó la divisoria. Había habido una buena corrida de toros, porque era domingo y centenares de turistas americanos correteaban por las calles, llenándolo todo con sus máquinas fotográficas, sus tomavistas y magnetófonos.

Miró inútilmente por si distinguía a la joven mexicana, pero no lo logró. Bebió tequila y pulque, que no le gustó y comió tortillas picantes que le hicieron sentir más sed.

La noche lo sorprendió en los jardines que rodean la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en la parte occidental de la ciudad.

Cuando se dio cuenta de que debía volver, salió de los jardines y buscó la avenida Guerrero. Aquella espera comenzaba a crisparle los nervios y el beber no hacía sino acrecentar su nerviosismo.

Había dejado el coche en una calle transversal y se dirigió hacia él mirando las pulquerías al pasar. Fue entonces, justo cuando veía ya el automóvil junto al bordillo, al doblar una esquina, cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo.

Fue una corazonada, lo que vulgarmente se llama sexto sentido. Se volvió y vio a los dos hombres que se dirigían hacia él.

Le entraron ganas de echar a correr, pero su debilidad duró sólo un momento. No tema nada que temer. Meredith no iba a ser tan tonto como para exponerse a un tropiezo. Todas las bazas estaban en manos de Higgins y éste sabía cómo jugarlas.

—Entre en el coche, Higgins —dijo Horsteter.

—Eso mismo iba a hacer.

—Sí. Y nosotros.

—Mire, Horsteter, ya le dije lo que había. —Lo enfrentaba resueltamente—. Supongo que ya se lo habrá comunicado a su amo.

—Suba al coche, Higgins.

Belluno se había colocado a su lado y lo empujaba con el hombro. La mano del italiano lo palpó por debajo del brazo.

—Deme la ferretería.

—Más vale que se larguen —respondió Higgins.

Pero ya no estaba tan tranquilo.

Aquello no era natural. No deberían estar tan seguros de sí mismos.

—He dicho que me la dé.

Horsteter le cogió ambos brazos por detrás, inesperadamente. Era muy fuerte y la postura en que había cogido a John Higgins, violenta.

No pudo desasirse en el primer momento y Belluno lo aprovechó para quitarle el arma.

Todo ello en silencio y procurando que la escena no quedara visible para alguien que pudiera aparecer en la calle.

Le incrustó la pistola en los riñones.

—Abra el coche.

No tenía más remedio que obedecer. Abrió y Horsteter lo empujó adentro.

—Yo conduciré.

Belluno se colocó ante el volante, al tiempo que se guardaba la pistola. Horsteter sacó la suya y la apuntó directamente al costado de Higgins.

Belluno puso en marcha el coche y entonces comprendió Higgins que algo debía andar mal. Meredith no podía dar semejante paso en falso. No podía hacerlo, simplemente. Le iba demasiado en ello.

Con voz que procuró hacer lo más tranquila posible, dijo:

—¿Les ha ordenado Meredith que hagan esto, muchachos?

—Cállese.

Belluno continuó hasta acabar la calle, torció dos o tres veces a un lado y otro, y por fin las casas comenzaron a espaciarse.

Ahora eran simples chozas con tejado de lata y grandes vacíos entre ellas. Un poco más allá comenzaba el campo.

—Espero que se den cuenta de que Meredith los aplastará si ustedes lo ponen en peligro. Y le pondrán en peligro si me colocan una pata encima. Nada más que me toquen.

—Le he dicho que se calle.

Sí, algo andaba mal. Pero cuando decidió apoderarse del medio millón de dólares que Hugh Meredith guardaba en su caja para comenzar un negocio que justificase el dinero de las máquinas tragaperras en Cicero, Higgins sabía que algo debería exponer.

—Bueno, les digo que Meredith tendrá algo que decir a esto.

Belluno detuvo el coche. A lo lejos se veían las luces de Juárez y las de El Paso, separadas por la cinta negra del río Grande.

Horsteter se volvió a Higgins.

—¿Dónde tienes el dinero, Johnnie? —preguntó suavemente.

—¿Dónde te parece a ti, Harry? —respondió en el mismo tono.

Horsteter levantó la mano y la estrelló contra la cara de Higgins. Éste sintió que la boca se le llenaba de sangre y un dolor agudo en la mejilla derecha.

Hizo un movimiento para incorporarse y Horsteter volvió a golpearlo, esta vez en el lado izquierdo del cuello. Casi le desarticuló la cabeza.

—¿Dónde está el dinero?

Le golpeó una y otra vez, ensañándose, mientras Belluno contemplaba la escena sonriendo fríamente.

Por fin, Horsteter paró. Respiraba agitadamente.

—¿Dónde?

Lentamente, procurando dominar la oleada de rabia que casi le ahogaba, John Higgins dijo:

—En la caja fuerte de un abogado en Chicago hay un sobre dirigido al departamento del Tesoro. En él hay pruebas suficientes para llevar a Meredith a la cárcel para toda su vida.

Hizo una pausa.

—Ahora, Harry, sigue golpeándome, si esas son las órdenes de Meredith. Puedes matarme, pero en cuanto ese abogado deje de recibir noticias mías, el sobre irá a parar directamente al Gobierno. Vamos, hijo de perra, sigue golpeando ahora.

Horsteter golpeó. Durante otros treinta segundos se despachó a gusto. Luego, con un reniego, paró.

—¿No lo dices?

Higgins le escupió al rostro saliva y sangre.

—¡No, cerdo! Y cada uno de estos golpes le va a costar a tu amo un año más de cárcel.

Belluno dijo:

—Déjalo, Harry. Por hoy tiene bastante. El patrón dirá lo que tenemos que hacer con él.

—Lo voy a deshacer —replicó Harry Horsteter rechinando los dientes—. Si no me dice lo que ha hecho con el dinero, lo voy a aplastar.

—¿Crees, imbécil, que lo llevo encima o que lo he guardado en el cuarto del hotel? ¿Crees tú que eso es lo que se hace con medio millón de dólares? Eres tan estúpido que no comprendo cómo Meredith te mantiene a su lado todavía. Deberías estar aún de mozo de cuadra.

Horsteter levantó la mano.

Belluno, un poco nerviosamente, le detuvo el gesto.

—Harry, déjalo. Por hoy ya ha tenido bastante. Déjalo, repito. El patrón dirá lo que tenemos que hacer con él.

—Eso, si no ordena que os peguen un tiro a los dos —respondió Higgins.

Ahora pensaba con mayor claridad. Sentía un odio mortal contra ambos pistoleros de Meredith, un odio que sólo se satisfaría cuando pudiera darles un poco de la misma medicina que le habían hecho probar.

Horsteter no replicó. Miraba a Higgins en la oscuridad y sus ojos relucían como los de los gatos.

Belluno dio marcha al coche y rodaron por la carretera, hasta alcanzar Juárez. A la entrada de la ciudad, detuvo el coche y abrió la portezuela.

—Vamos —dijo.

Horsteter bajó también e Higgins, dolorido, se corrió hacia el volante.

—La pistola me la guardo como recuerdo —dijo Horsteter—. Ahora, vuelve a El Paso y espéranos. Aún no hemos acabado contigo hijo de perra.

Higgins puso en marcha el coche. Cuando llegó al puente internacional, el policía mexicano lo miró con atención.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Algún accidente?

—Me caí —respondió Higgins—. No ha sido nada.

—Hay que llevar cuidado, señor. Sobre todo con la bebida. ¿Algo que declarar?

—No, no ha sido nada, le digo. Gracias, agente.

El policía americano fue menos cortés.

—¿Qué, compañero? ¿Armando bronca al otro lado? Cuidado que se lo hemos dicho a ustedes los turistas. No busquen pendencia con los mexicanos. Pero ustedes nunca aprenden.

—Le he dicho que me caí, agente. ¿Cómo tengo que decir las cosas?

—Eso se lo cuenta usted a su abuelita y si es tonta, se lo cree, quizá. Yo llevo aquí tres años, compañero. No se me engaña tan fácilmente. ¿Va a poner denuncia, o no?

Higgins negó con la cabeza.

—Le prevengo que si va a un centro médico a hacerse curar, tendrá que decir lo que le ocurrió.

—Bueno, lo haré. Lo mismo que a usted. Me caí. ¿Me va a dejar pasar, sí o no?

—Pase, pero si vuelve a ocurrir le retiraremos los permisos de cuarenta y ocho horas.

Llegó al hotel y trató de pasar inadvertido, pero el empleado le vio.

—Lo siento, míster Higgins. ¿Algún accidente?

—Una caída, simplemente.

—¿Quiere que avise al médico del hotel?

—No, gracias. Yo mismo puedo curarme. De veras. Y... olvídense de esto, ¿quiere?

Le tendió otro billete de cinco dólares.

Cuando llegó a su cuarto se hizo una ligera cura.

Tenía un labio partido, un diente flojo y un buen rasguño bajo el pómulos izquierdo.

Además, las costillas le dolían, aunque no creía tener ninguna partida.

No se encontraba nada bien, pero una rabia sorda le sostenía.

—Lo vais a ver, bastardos —dijo en voz baja—. Lo vais a ver y a sentir.

CAPÍTULO IV

El lunes, al mirarse al espejo, se sorprendió al comprobar que no se hallaba tan mal como había supuesto. Tenía un ojo amoratado, es cierto, pero la herida del labio cerraba bien y no necesitaba ponerse esparadrapo en los cortes de la cara.

Bajó a desayunar y apenas le habían servido el café y las tostadas cuando vio aparecer la primera visita del día.

Stepanek, enfundado en un traje gris fresco, se dirigía hacia él fumando un cigarrillo.

—Buenos días —dijo—. ¿Algún accidente, Higgins?

—Me caí.

—¿De veras?

—Así es. Y por si le interesa, le diré que hace usted el número veintidós de las personas que me han preguntado lo mismo desde anoche.

—¿No tropezaría usted con algo muy duro? El puño de Horsteter, por ejemplo.

—No.

—Por cierto. —Hizo una pausa para dejar la colilla sobre un cenicero—. Me parece haberlo visto, a él y a ese italiano que lo acompaña siempre. Estaban haciéndose limpiar los zapatos en el bar que hay junto al Mexicana. Pero puedo haberme equivocado, claro.

—Quizá. ¿Quiere desayunar?

—Gracias, lo he hecho ya. Pero si no le importa tomaría una taza de café con usted.

—Puede hacerlo.

Stepanek la pidió. Mientras se la servían contempló pensativamente a Higgins.

Éste acabó su desayuno y se limpió cuidadosamente la boca.

—Le duele, ¿verdad? Debió ser una caída muy mala.

—Lo fue. ¿Qué le ocurre, Stepanek?

—Mc estaba preguntando hasta dónde podrá usted llegar.

—No tengo ni la menor idea de lo que está usted hablando.

—Aun cuando debiera mejor decir «hasta cuándo podrá llegar».

Meredith tiene mucha fuerza, mucho poder y no vacila en emplearlo cuando le parece oportuno. Pero eso debería usted saberlo mejor que nadie, Higgins.

—Meredith es mi amigo, señor Stepanek.

—¿De veras? Tengo la impresión de que no emplea el tiempo correcto del verbo. «Era» sería más apropiado. Y ¿no teme usted alguna drástica medida por su parte, Higgins?

—Lo es. Y Meredith no hará contra mí nada.

—Si usted lo dice... Es usted un buen contador, Higgins. Me han dicho los muchachos de Chicago que llevaba usted los libros de Meredith de una manera absolutamente... irreprochable. ¿No podría haber encontrado un empleo mejor que el de trabajar para un sinvergüenza como Meredith?

Higgins encendió un cigarrillo y lanzó una nube de humo en dirección al agente del Tesoro.

—¿Con ustedes, por ejemplo? ¿Trabajar para el Gobierno?

—Por ejemplo. Empleos peores hay. Claro que...

Hizo una pausa reflexiva.

—Claro que en otro empleo, y menos en el Gobierno, usted no hubiera podido hacerse con medio millón de dólares, aparte de vivir muy bien mientras preparaba el golpe.

—Me está acusando de ladrón, Stepanek.

—Sí, por cierto. Demándeme judicialmente. Es lo que estamos esperando. Nos íbamos a divertir todos mucho.

Higgins sonrió.

—¿Cuántos años tiene usted, Stepanek?

—Cuarenta y dos.

—¿Cuánto gana?

—Doce mil, los años buenos. Ya veo dónde quiere usted ir a parar, Higgins. A mi edad debería ganar más, ¿verdad? ¿Usted gana mucho más?

—No he dicho nada.

—Pero lo ha estado pensando. Gano poco, es cierto, pero ello basta a mis necesidades, que tampoco son muchas.

Hizo una pausa.

—Y cuando por la noche apoyo la cabeza en la almohada me duermo enseguida y no tengo pesadillas. No veo a un par de tipos como Horsteter y el otro llegando tras de mí con la pistola o el

cuchillo en la mano.

—Y... ¿cree que yo tengo pesadillas?

—Pudiera ser. Si no las tiene aún, llegará a tenerlas.

Stepanek se puso en pie.

—Llegará un momento en que no pueda aguantar más, Higgins. Entonces acuda a mí. Pero recuerde que cuanto más tarde en hacerlo, peor arreglo tendrán las cosas. «Adiosito, mi amigo. Ahí nos vemos».

Higgins terminó su cigarrillo, pensando concentradamente.

Doce mil dólares al año. Eso era sólo el doble de lo que él ganaba en un mes con Meredith.

Sonrió.

Y ahora, en un Banco suizo tenía una cantidad cien veces mayor, en una cuenta numérica.

Y no estaban saliendo mal las cosas.

Había recibido una paliza, cierto, pero el hecho de que aquella paliza no se hubiera convertido en algo peor demostraba que Meredith no estaba seguro de sus fuerzas.

Sí, decididamente iba por buen camino. Al menos por el mejor de todos cuantos podía haber elegido.

¿Qué habría sido de Margaret?

El pensar en ella lo llevó automáticamente a pensar en Blanca Delabarre. Estaría ofendida y no le faltaban razones para ello. A nadie le gusta que lo desprecien tan ostensiblemente como había hecho él en aquella ocasión. Y quizá, pensó, en vano, porque Horsteter se había dado cuenta de que él conocía a la muchacha.

Se dirigió a la conserjería y pidió una guía de El Paso. No había en ella ningún Delabarre. Preguntó si tenían una de Juárez y se la trajeron.

Allí estaba: Delabarre, Javier Vergel, 62.

—¿Tarda mucho una conferencia con Juárez? —preguntó.

—Se la servimos al momento, señor.

Pidió el número que figuraba en la guía y un momento después obtenía la comunicación.

Pensó que estaba cometiendo una tontería, porque podría haberse acercado con el coche en menos tiempo casi, pero ya le contestaba una voz en castellano.

Preguntó por la señorita Delabarre y en un instante la voz de Blanca

llegó hasta sus oídos.

—Soy Higgins —dijo—. Quería hablar con usted, porque...

—Señor Higgins —dijo ella gravemente—. Soy yo la que no quiere hablar con usted.

—Espere un momento, por favor.

—Lo siento.

—Quería decirle que lo que ocurrió la otra noche tenía una explicación. En ese momento, yo...

—¿Qué ocurrió la otra noche, míster Higgins? No recuerdo que haya ocurrido absolutamente nada. Buenos días, míster Higgins.

—¡Espere, no cuelgue!

Pero oyó el «clic» y dejó el teléfono, exasperado. Podía haberle dejado siquiera explicarse.

Salió de la cabina y se encontró de manos a boca con Margaret.

Hacía exactamente diez días que no la veía, pero le pareció que estaba aún más hermosa que cuando la dejó, en Chicago.

Llevaba un vestido verde claro, tan ajustado que parecían habérselo cosido sobre el cuerpo. Le moldeaba perfectamente las amplias caderas, la estrecha cintura y los muslos redondeados. El fino borde de la ropa interior se marcaba perfectamente, dejando suponer sin lugar a dudas que no llevaba faja porque no la necesitaba.

Su cabello rubio claro, que llevaba suelto a los lados de la cara, decía bien claro que no hacía mucho había estado en manos de un buen peluquero.

—John —dijo dulcemente.

—Margaret..., ¿cuándo has llegado? No importa, ven conmigo.

La cogió del brazo y la arrastró hacia la escalera. Ella, sonriendo, le siguió. Cuando llegaron al cuarto, Higgins cerró la puerta tras de ellos y la cogió en sus brazos.

—Por fin —dijo con voz contenida—. Por fin. Te estaba echando mucho de menos, bruja.

Margaret Fay había sido uno de los descubrimientos de Hugh Meredith. La sacó de un *cabaret* de tercer orden, en Cicero y la llevó al Loop, a su Cuban Club.

Hizo que tomara lecciones de canto y baile, de modales y de dicción, y por último la lanzó con un buen éxito. Si había sido o no amante de Meredith, era algo que Higgins no supo nunca, ni le importaba.

Lo que sí le interesaba es que cuando él comenzó a hacer aproximaciones con respecto a Margaret, Meredith no se opuso. Lo tomó con absoluta tranquilidad.

La soltó y se la quedó mirando.

—Johnnie, ¿qué te ha ocurrido? Tenía mucho miedo por ti.

—Una ligera disputa con ese cerdo de Horsteter, pero ahora no tiene ninguna importancia. ¿Cómo ha ido todo? ¿Has venido sola?

—Claro. Dame un cigarrillo.

Se sentó en el sillón y cruzó las hermosas piernas. Una generosa ración de nylon y de piel tostada y sedosa quedó al descubierto. Higgins sintió que su pulso se aceleraba y la boca se le secaba. Margaret era uno de los más acabados ejemplares de mujer que hubiera visto en su vida.

—¿Te lo cuento ahora, querido? —preguntó con voz que parecía un arrullo—. ¿No quieres besarme antes?

—Espera un poco. Déjame tranquilizarme.

Encendió otro cigarrillo para sí.

—¿Qué quieres beber?

—Dame un *bourbon* flojo.

Sirvió dos y le pasó uno. Ella bebió, mirándolo por encima del borde del vaso.

—Ahora dime qué te ha ocurrido.

—Ya te he dicho que Horsteter y Belluno están aquí. Anoche me atacaron. Me dejaron marchar cuando les amenacé con lo que Meredith haría con ellos si me tocaban de nuevo. Ahora tú, encanto. Ella se inclinó hacia delante. Esta vez fueron los senos los que aparecieron casi en su total belleza. Higgins se obligó a no mirarlos demasiado tiempo seguido.

—Hugh se puso como una fiera cuando comprendió lo que habías hecho, John. No he visto un hombre tan enfurecido en mi vida como él en esos momentos. Johnnie, no puedes imaginar lo que soltó.

—Puedo —respondió Higgins con una sonrisa—. Tengo imaginación.

—Juró que te despedazaría vivo en cuanto te pusiera la mano encima. Juró que te arrancaría todo lo que hace de ti un hombre. Juró...

Rió musicalmente.

—Y entonces le di tu carta. La leyó y estuvo casi cinco minutos sin decir una palabra. Luego suspiró y dijo que siempre habías sido un tipo muy vivo, y que ahora te habías pasado de listo. Pero le hizo efecto. No volvió a amenazarte, por lo menos delante de mí. Me dijo que yo me había portado muy mal, y que si era ésa la forma en que le agradecía lo que había hecho por mí. Eso es cierto, por otra parte Johnnie. Me porté mal con él.

—Déjate de sentimentalismos ahora. No hay sentimentalismos posibles cuando está en juego medio millón de dólares.

—No, si no soy sentimental, Johnnie, pero no dejo de reconocer que gracias a él yo no estoy ahora zancajeando por Cicero o por cualquier otro lugar por el estilo, o prostituyéndome en cualquier sitio.

John Higgins se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Tonterías, dulzura. Tú habrías llegado arriba con Meredith o sin él. Vales demasiado.

Ella le acarició el pelo.

—Me dijo que procurase convencerte de que debías devolverle el dinero y que él pasaría por alto lo que le habías hecho. Que se olvidaría de todo si recuperaba la pasta.

—¿Qué le respondiste?

—¿Qué le iba a responder? Tú habías sido bien clarito, ¿no es cierto? Le respondí que me habías dicho que se olvidase del dinero y que tú también te olvidarías de lo que sabes. En fin, le recité la carta de nuevo, como si no supiese otra cosa. No le gustó. Me respondió que podía acabar contigo en un momento y dejarme irreconocible y soltarme en cualquiera de los sitios en que él deja a las chicas que le hacen frente.

Alzó los verdes ojos hasta encontrar los de John.

Éste sonreía divertido.

—Me hubiera gustado ver la escena. Daría cualquier cosa por ver la cara del viejo Meredith cuando comprendió que estaba cogido. ¿Qué le respondiste?

—Que me tocara un solo pelo de la ropa y el abogado al cual le habías dejado instrucciones correría al Tesoro con las pruebas que habías ido reuniendo durante el tiempo que habías trabajado para él.

—E intentaría sacarte el nombre del abogado.

—Por cierto, pero, aunque hubiera querido, ¿cómo habría podido hacerlo? Johnnie, querido, eres un descuidado. Te olvidaste de decirme el nombre del abogado. ¿Quién es?

—Es...

John se detuvo de pronto. Si no se lo había dicho a Margaret antes de marcharse de Chicago, ¿por qué lo iba a hacer ahora? Se alegraba de haberse guardado el dato. Presionada, Margaret hubiera podido hablar, y Meredith era muy capaz de comprar a cualquier abogado de la ciudad. Comprarle o... asustarlo de tal manera que echase atrás.

—Eso no tiene importancia ahora, Maggie.

—Pero, John, corrí mucho peligro.

—Eso ya lo habíamos dado por supuesto —respondió él con ligera impaciencia—. Pero era sólo un peligro aparente, Maggie. Hugh no iba a exponerse a que las pruebas llegasen al Tesoro, si a ti te ocurría algo. Por el contrario, su mayor interés tenía que consistir en que «no te ocurriese nada». Y ya ves como ha sido así.

Ella lo contempló con los ojos ensombrecidos.

—Pero imagínate que Hugh hubiese decidido que me ocurriese algo. ¿Cómo se iba a haber enterado el abogado de que era así? El no podría saberlo.

John Higgins sonrió.

—Lo hubiera sabido, bruja. Te dije que tuvieses confianza, Maggie, ¿no es eso? En todo momento ha habido alguien pendiente de que nada te ocurriese.

—Pero Hugh podía no haberlo sabido y...

—Oh, «podía, podía», pero no ha sido así —respondió él irritado.

Se puso en pie y le cogió la mano.

—Y ahora, bésame, Maggie. He estado soñando con tus besos todo este tiempo. Estos últimos días me han parecido siglos.

Ella lo abrazó.

—¿Qué vamos a hacer, John?

—Nos marcharemos tan pronto como podamos hacerlo.

—Pero ¿cuándo?

—No puedo saberlo exactamente.

Vaciló un momento.

—Hay algunas complicaciones, nena. Un hombre del Tesoro ha venido a verme. Quiere que le proporcione las pruebas contra Hugh

a cambio de protección por parte del Gobierno.

Ella abrió mucho los ojos.

—Pero, John, ¿no habrás aceptado!

—¿Por quién me tomas? Naturalmente que no. No quiero la protección del Gobierno. Quiero el dinero y te quiero a ti. Ansío teneros a los dos.

Hizo una pausa.

—Le dije que no, pero no podemos marcharnos. Tengo que pensarlo. El Tesoro tiene el brazo largo y quiero pesar bien los pros y los contras. No me gustaría que me detuviesen en México o en Europa acusado de cualquier tontería y me trajesen aquí de vuelta.

—Y... ¿no pueden detenerte ahora?

—No.

—Dime la verdad, Johnnie, ¿pueden detenerte acusado de algo?

—No, cariño. Ellos no me quieren a mí. Quieren a Meredith para ponerlo a la sombra lo que le queda de vida. No se contentan con un pez pequeño como yo. Quieren al tiburón. No me harán nada mientras crean que me pueden utilizar como cebo.

—¿Como cebo, Johnnie?

—Sí. Piensan que Hugh no dejará escapar ese medio millón sin pelear por él, y que me buscará.

—Ellos me dejaron salir de Chicago sin poner apenas inconvenientes, Johnnie, pero estoy segura de que me han seguido. Oh, claro, y Horsteter y Belluno estaban ya aquí. Eso quiere decir que sabían dónde te escondías.

—En primer lugar, no me he escondido. Incluso he firmado en el hotel con mi propio nombre. No, cariño. Lo que ha ocurrido es que el Tesoro me encontró primero y le pasó el dato a Hugh. Eso es lo que ha hecho. Te digo que el Tesoro está haciendo su juego. Quieren que Hugh y yo nos enfrentemos para sacar su tajada en el momento oportuno.

—Pero ¿cómo pudieron dar contigo?

—No lo sé, pero ellos tienen medios para eso. Supongo que me vigilaban porque estaban enterados de que había cogido ese dinero. Se quedó un momento pensativo.

—Cariño —dijo—, alguien entre los hombres de Hugh es un soplón. Tengo la casi absoluta certeza de ello.

La abrazó, riendo.

—Pero ahora lo importante es que estamos aquí y que ese dinero nos espera en... bueno, el caso es que nos espera.

CAPÍTULO V

—Míster Higgins, un caballero desea verlo.

—¿Quién ha dicho que es?

—Míster Meredith —replicó el recepcionista—. ¿Le digo que suba? John Higgins se volvió a la joven. Ésta se colocaba una media ante el espejo, volviéndose para ver si la costura estaba derecha. La simetría de las piernas de Margaret era algo que los asiduos al Cuban Club conocían bien.

—Ya está aquí —dijo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tienes miedo, cariño? Yo sí, lo tengo y mucho, te lo aseguro. Deberíamos habernos marchado.

John encendió un cigarrillo con mano firme.

—No serviría de nada. Más vale afrontarlo ahora. Voy a decir que le hagan subir. Estamos perfectamente cubiertos, cariño. No debes temer nada.

Tomó el auricular de nuevo y dijo que míster Meredith podía subir. El gran Hugh Meredith, o el viejo Hugh, como lo llamaban, era un hombre de sesenta años, de cuerpo fuerte y cabello completamente blanco. Bajo espesas cejas del mismo color, dos ojos azules contemplaban a su interlocutor con mirada profunda, casi hipnótica.

Vestía costosos trajes y llevaba grandes sortijas en los dedos.

—Hola, Johnnie —dijo al entrar.

—¿Viene solo? —preguntó Higgins.

—No necesito a nadie.

Echó una mirada a Margaret que había acabado ya de colocarse el vestido y tenía aún un peine en la mano.

—Suponía que ya estarías aquí, Maggie. Me alegro. Así voy a hablar con los dos al mismo tiempo. Se ahorra una palabras.

Se volvió a John.

—Y no voy a perder tiempo, muchacho. No dispongo de él. Me has obligado a hacer un viaje de miles de millas, precisamente en un momento en que mis negocios me necesitaban urgentemente en

Chicago.

—Podía haberse evitado el venir —respondió John. Esperaba que su voz sonase lo suficientemente firme y serena, pero la presencia de Meredith lo conturbaba mucho más que la de su asesino Horsteter.

—Cállate, porque estoy hablando yo. Eres un desagradecido y un hijo de perra, pero me olvidaré de todo este asqueroso asunto si me devuelves el dinero y te largas del país. No hay sitio en él para mí y para ti al mismo tiempo.

Hizo una pausa.

—¿Entendido? Pues al grano.

—Entendido, pero no aprobado.

—¿Quieres decir que no piensas devolverme el dinero? ¿Es eso lo que quieres dar a entender?

—Exactamente.

Los ojos azules eran helados, pero ni un músculo se movió en la faz del promotor.

—No estás hablando en serio, Johnnie. Estás obcecado, eso es todo. Pero en cuanto lo pienses un poco se te aclararán las ideas.

—No necesito que me las aclaren, Meredith.

Nunca lo había nombrado sin anteponer el míster. Meredith se dio cuenta, pero no hizo comentario alguno.

—¿No? Entonces es que no estás bien de la cabeza. Pero no quiero perder el tiempo, te he dicho. Podemos hablar. ¿Qué es exactamente lo que deseas?

—Nada. Que yo sepa, no le he pedido nada.

—Muchacho. Me has robado medio millón, y eso es una cosa que no se puede pasar por alto. No es como si te hubieses alzado con un par de decenas de miles. No estoy dispuesto a perder ese dinero, pero vamos a hacer un arreglo. Te doy cincuenta mil y te largas del país. Creo que es muy generoso por mi parte. Cincuenta papiros son tuyos si devuelves el resto.

—¿Por qué habría de contentarme con cincuenta cuando pueden ser míos quinientos, Meredith?

—Porque... ¡maldita sea tu alma!, son míos. ¡Míos!

—¿Sí? ¿Cómo los ganó?

—Eso no le importa a nadie. Son míos.

—Me importa a mí, Meredith. Si hay una persona que sabe cómo los ganó, aparte de usted, naturalmente, esa persona soy yo. Sé

cómo los obtuvo y ésta es mi baza. Cuatro ases, Meredith, tengo en la mano. ¿Qué tiene usted?

Meredith respiró profundamente.

—Mira, Johnnie, vamos a hablar en serio. Dejémonos de bromas. No te valdrán de nada esas tonterías y distingos. El dinero estaba en mi caja y tú lo sabes. Estoy teniendo mucha paciencia contigo, Johnnie. Estoy teniendo mucha más paciencia de la que tuve jamás con nadie.

—Hay quinientas razones para esa paciencia, Meredith. Quinientas. Se puede desperdiciar un poco de paciencia ante ellas.

—Johnny, estás acabando con mi aguante. Puedo destrozarte y tú lo sabes. Creo que debes pensarlo mejor y llegar a un arreglo conmigo.

—¿Por qué? Tengo el dinero en mi bolsillo. Ahora es mío. Y le diré una cosa, Meredith. En este momento hay rondando por aquí un agente del Tío Sam, un agente del Tesoro de Estados Unidos, que me ha ofrecido un trato.

Esta vez los párpados de Meredith se movieron rápidamente en un continuado «tic».

—Johnnie, a nadie perdonaría el que me hubiera robado quinientos mil pavos, aunque sobre ello podríamos quizá llegar a un acuerdo. Pero si me has traicionado..., será la última cosa que hagas en tu vida.

—No le he traicionado. Me limito a decirle que su postura no es tan segura como usted se empeña en creer. Y le diré otra cosa: no va usted a destrozarme. Va a dejarme salir del país sin intentar nada contra mí. Y va a hacerlo porque un abogado tiene en su poder pruebas suficientes como para que el Gobierno lo meta en la ratonera durante el resto de su vida. Eso, si no lo cuelgan. Y si algo me ocurriese a mí, ese abogado presentaría las pruebas inmediatamente ante un tribunal federal.

—Estás mintiendo, Johnnie —dijo Meredith. Pero no había convicción en su tono.

—No, y usted lo sabe bien. Le estoy diciendo la verdad. Ahora, paso libre. Pero antes, otra cosa: anoche, sus esbirros me han hecho esto.

—Se llevó las manos a la cara—. Que no vuelva a suceder. Por esta vez lo paso por alto, pero la próxima voy a aplastarlo. Lo hundiré, Meredith, lo llevaré a la cárcel. Usted puede conseguir otro medio millón donde sacó éste. Hágalo, o no lo haga, eso es cosa suya, y a

mí me tiene sin cuidado. Pero este medio millón es mío.

—¿Es tu última palabra, Johnnie?

—La última, Meredith.

—¿Dices que hay un hombre del Gobierno rondándote?

—Sí. Quizá en este momento está en el vestíbulo del hotel. Pero si no es así, puede tener la seguridad de que no andará muy lejos.

—¿No me has traicionado?

—Si lo hubiera hecho, ese hombre habría caído ya sobre usted como un rayo. No lo he hecho, ni lo haré, si no me obliga usted. Puede confiar en eso.

Meredith lanzó una rápida mirada en dirección a Margaret.

—Está bien. Y tú también estás metida en el lío, perra desagradecida.

—Mi inmunidad abarca también a Margaret, no lo olvide, Meredith.

—No, no olvido eso ni olvidaré nada. Adiós, Johnnie. Yo estaré en el Hilton. Tienes tiempo de pensarlo de nuevo. Subo la oferta a cien, y es mi última palabra.

—Súbala a quinientos y ya está aceptada.

Meredith le lanzó un insulto difícilmente tolerable, pero Higgins sonrió.

—Adiós, Meredith. Y dígle a Horsteter que se aparte de mi camino.

Meredith salió, dando un portazo. Sonriendo todavía, Higgins se volvió a Margaret, que no había pronunciado una sola palabra.

—¿Qué te parece, cariño?

—Lo has hecho muy bien, Johnnie. Eres un macho.

Lo besó, y Johnnie correspondió al beso. Mientras lo hacía, se preguntó si Blanca Delabarre sabría besar como Maggie. Probablemente no, pero pensó que sería una experiencia muy agradable enseñarle a hacerlo.

Luego apartó a la mexicana de su imaginación.

—Perdóname un momento, cariño. Tengo que hacer una cosa. Después escribiré una carta y luego tenemos todo el día por delante. Iremos a Juárez.

—Sí, cariño.

Johnnie salió de la habitación y llegó rápidamente al vestíbulo. Meredith acababa de bajar la escalera y Horsteter y Belluno se adelantaban hacia él.

Y había alguien más.

Stepanek se acercaba por el otro lado.

—¿Míster Meredith? —preguntó.

—Sí, ¿qué hay?

—Usted no me conoce, pero yo a usted, sí.

Johnnie Higgins se acercó. Las miradas de los otros se clavaron en él, pero ya Stepanek seguía hablando.

—Mi nombre es Stepanek y soy del Departamento del Tesoro.

—Bueno, dígame lo que quiere. ¿Tiene algo contra mí?

—Oh, no. Nada en este momento.

—Entonces, ¿qué desea?

—Hablar un momento con usted.

—No tengo tiempo.

—¿Ha venido para recuperar el dinero que Higgins le robó?

Meredith puso cara de asombro. Higgins reconoció que era un buen comediante.

—¿Robo? ¿De qué diablos está hablando?

—¿No ha venido a eso?

—No veo que le pueda importar a usted lo que haya venido yo a hacer en El Paso, pero seré indulgente: He venido a ver a un amigo.

—¿A Higgins?

—Pues, sí, a míster Higgins. Un buen amigo. Antiguo. ¿No es así, Johnnie?

Se dirigió al joven y le pasó un brazo por sobre los hombros.

—¿No es así, muchacho?

—Claro que sí, míster Meredith. Ha venido a verme a mí, míster Stepanek. ¿Es que le molesta?

—Oh, no. Solamente que me extraña. Un viaje de tantas millas... Espero que hayan tenido una conversación agradable.

—Claro que sí. Tenía ganas de ver a Johnnie y me dije: «¿Por qué no echarle un vistazo al muchacho?». Y aquí estoy. Pero usted, ¿qué diablos está hablando de un robo? ¿Alguien le ha dicho algo acerca de eso? Vamos, hombre, ¿ha oído hablar sobre las leyes de difamación?

—Un poco, míster Meredith. Bien, no le voy a molestar más, ni a usted ni a su viejo amigo Johnnie Higgins.

—Y no vaya por ahí hablando de robos, míster... como se llame. La policía es muy susceptible.

—Lo sé.

Meredith agitó una mano en el aire.

—Te veré luego, Johnnie, viejo, para que tomemos unas copas juntos.

Salió, seguido por Horsteter y Belluno. Higgins se volvió hacia la escalera.

—Higgins —dijo el hombre del Tesoro—. ¿Piensa marcharse del país?

—No lo he decidido aún, Stepanek. Tengo tiempo.

—No mucho, diría yo. Pero eso es cosa suya. De todas formas, no salga aún de Estados Unidos. Lo pescaremos donde quiera que se metiese.

—¿De veras? ¿Acusado de qué?

—Oh, yo qué sé. Y si lo supiera, Higgins, no se lo diría. Esperaría a que la policía mexicana lo pescase.

—¿Quiere decir que no puedo cruzar la divisoria?

—Sí, pero solamente con los permisos de cuarenta y ocho horas. No intente alargar su estancia en Juárez más tiempo. Es un buen consejo.

—Está bien. Oído y obediencia, Stepanek.

Sonrió y subió a su habitación. Margaret estaba en el cuarto de baño. Se oía el ruido de la ducha.

Se sentó a la mesa y comenzó a escribir febrilmente. Era una carta para su abogado, en Chicago.

La terminó, la metió en un sobre y le puso las señas. La dejó encima de la mesita y encendió un cigarrillo mientras se dirigía al baño.

—Vamos, nena, date prisa —dijo golpeando la puerta con la mano.

La joven, salió, envuelta en una toalla.

—Puedes pasar cuando quieras, Johnnie. ¿Todo en orden? —añadió mirándole con sus ojos verdes.

—Todo en orden, cariño. En cuanto me duche iremos a comer por ahí. Es sólo cuestión de un momento.

Y se metió en el baño.

CAPÍTULO VI

Cuando salió, frotándose concienzudamente con la toalla, Margaret fumaba un cigarrillo junto a la ventana. Se volvió hacia él.

—John —dijo—. Tengo miedo.

—Pero... ¿por qué, nena?

Se aproximó a ella y le puso una mano sobre el hombro. Envuelto en la toalla parecía un romano en su toga. Se dio cuenta de lo ridículo de su aspecto y la besó rápidamente.

—No debes temer nada, te he dicho. ¿No has visto a Hugh? Lo tengo bien cogido, y lo sabe. No se atrevería a hacer nada contra mí.

—Pero... es que, Johnnie... ¿no podrías devolverle el dinero? Podríamos ir a cualquier parte y comenzar de nuevo. Mientras que así, puede que consigamos salir de aquí, pero siempre estaríamos pendientes de que apareciera alguien de pronto y... tengo miedo, te digo. Hugh no perdonará jamás esto. *No puede hacerlo*. Es muy peligroso perdonar para él. Otros podrían mirar lo que hiciste y tratar de repetirlo. Es imposible para él dejar una cosa así sin castigo.

John se volvió, ya en la puerta del dormitorio.

—Escucha, Maggie —dijo seriamente—. Esto lo he hecho por ti. Nunca se me ocurrió la idea de apoderarme de algo que perteneciera a Meredith hasta que te conocí. Tú, cariño, no eres una mujer barata. No me entiendas mal —añadió ante un gesto de ella—. Quiero decir que necesitas vestidos, joyas y unos medios de vida que no se adquieren con un sueldo de cincuenta a la semana.

Ella dijo con un cierto tono de amargura:

—Yo empecé bien abajo. En aquel tiempo, cincuenta a la semana representaban para mí una fortuna que ni pensaba siquiera alcanzar algún día.

John Higgins sonrió con ternura.

—Eso hace mucho tiempo y ha pasado mucha agua bajo los puentes desde entonces. ¿Podrías ahora vivir con ellos?

—Yo...

Se volvió de espaldas y sus hombros se estremecieron.

—Date prisa —dijo—. Vístete.

John salió de nuevo ya vestido. Cogió la carta de encima de la mesa y se la echó al bolsillo.

—Vamos.

La cogió del brazo y salieron.

Echó la carta en un buzón, en Mobile, y treparon al coche.

—Y ahora —dijo—. Vamos a divertirnos. No, no es necesario que mires. Por lo menos llevamos un automóvil a la cola. Pienso que pueda ser el de Horsteter, seguro, pero me figuro que míster Stepanek, del Tesoro, no debe andar muy lejos.

Fue una jornada completa.

Comieron, bebieron y bailaron. Y durante todo el tiempo, tuvo John en la nuca la sensación de que lo vigilaban, aunque sólo en una ocasión vieron de lejos a Belluno comprando cigarrillos en una droguería.

También, inconscientemente, buscó a Blanca Delabarre, pero no logró verla. La presencia de Margaret no se la hacía olvidar. Recordaba perfectamente, como si los tuviera delante, los grandes ojos oscuros de la mexicana y la piel morena y tersa de sus brazos. Por un momento, se encontró pensando que no le hubiera importado demasiado el que Margaret se demorase un par de días más.

—Mañana iremos al otro lado de la divisoria —dijo cuando volvían al hotel.

—¿Crees que te dejarán pasar?

—¿Por qué no? Por supuesto que sí. No tienen motivo alguno para impedírmelo.

—Pero... tú has dicho que ese hombre del Tesoro no te dejará entrar más que utilizando el permiso de cuarenta y ocho horas. ¿Cómo haremos entonces para llegar a México City y... el resto?

—Eso, cariño, déjalo de mi cuenta. Tengo una idea.

Cuando a la mañana siguiente entraron en México, junto al puesto de la aduana estaba Stepanek. Mientras el oficial sellaba el permiso, el hombre del Tesoro se aproximó a ellos y se quitó el sombrero ante Maggie.

—Recuérdelo, Higgins. Cuarenta y ocho horas. Pasadas éstas, pediremos a la policía mexicana que le busque donde esté y le

cancelaremos todos los permisos.

—Me imagino que usted estaría encantado si yo cometiese la infracción —dijo Higgins sonriendo.

—No puede imaginarse hasta qué punto me alegraría —respondió Stepanek—. Entiéndame, Higgins, no tengo gran cosa contra usted, excepto que no me gusta la gente que trabaja para Meredith, pero en este momento no me dejo guiar por antipatías personales. Ahora lo que me gustaría es llevarlo ante un tribunal para obligarle a confesar lo que queremos saber.

Hizo una pausa.

—En fin, allá usted; pero le diré una cosa, Higgins. Ha habido mucho movimiento esta noche y la tarde anterior en el hotel Hilton. Meredith ha enviado varios telegramas. ¿No teme que le esté preparando algo?

—No, Stepanek. No temo a nada. Soy inocente. Estoy limpio y Meredith es un buen amigo. Eso es todo.

—Higgins, no sé si catalogarlo a usted como a un imbécil o como a un hombre muy listo.

—Elija lo que mejor le parezca.

—Pero, sea una cosa u otra, llegará el momento en que cometa un error o le obliguen a cometerlo. Y entonces caeré encima de usted con todo el peso del Gobierno.

—Gracias por el aviso. Y ahora, supongo que podemos continuar.

—Pueden. Cuarenta y ocho horas. «Adiós», *miss* Fay. Y, de paso, ¿por qué no trata de convencer a Higgins de lo equivocado que está?

Margaret estaba pálida. Se alzó de hombros y no respondió.

John arrancó y un momento después estaban en Juárez.

No había corrido ese día, pero lo emplearon en recorrer la ciudad, visitar Nuestra Señora de Guadalupe y en beber, sobre todo.

A las cinco, John se sentía ligeramente borracho.

Habían dejado el coche junto al parque y tomaban helados ante un puesto servido por una india muy jovencita, cuando vio a Blanca. Venía hacia ellos, montada en un caballo tordo, de gran alzada, y vestía el traje charro típico. El enorme sombrero le colgaba a la espalda, sujeto con un barboquejo.

Daniel, ataviado también con el traje nacional, iba a su lado.

Probablemente, si hubiera bebido menos, John no lo hubiera hecho.

Se plantó ante el caballo de la muchacha y alzó la mano, mientras Margaret lo contemplaba asombrada.

—Hola —dijo Higgins.

—Apártese —ordenó Blanca—. Apártese y deje el paso libre.

—Espere, quiero decirle que hubiera debido dejarme explicarle por teléfono...

—La señorita ha dicho que se aparte, borracho —dijo Daniel inclinándose sobre el cuello de su montura—. ¿No lo ha oído?

—John —dijo Margaret—, ¿qué te ocurre? ¿Quién es esta mujer?

Margaret no comprendía una sola palabra de español, pero vio el rostro de ambos mexicanos y comprendió que John no estaba haciendo lo que debiera.

—¿Es que no pueden dejar que me explique? —preguntó John irritado por el alcohol y por un vago sentimiento de que estaba haciendo el tonto—. Mire, Blanca.

—Señorita Delabarre, para usted, borracho —respondió Daniel.

Llevaba una corta fusta en la mano derecha, apenas algo más que un juguete, pero cuando cruzó con ella el rostro de John, a éste le pareció que le habían arrancado la piel a tiras.

Se echó atrás, llevándose la mano a la cara, mientras Margaret gritaba.

—¡Quieto, Daniel! —ordenó Blanca—. ¡Estate quieto! No quiero peleas.

—Si se baja del caballo, cerdo, tendré mucho gusto en romperle la cara —dijo John enfurecido.

Daniel se apeó al momento y se precipitó hacia él.

En condiciones normales, John le hubiera podido derribar sin dificultad, pero el alcohol le nublabla los reflejos. Le lanzó un golpe corto, que llegó al cuello del otro, pero no lo detuvo. El mexicano volvió a golpearlo con la fusta y luego echó mano al revólver que llevaba en el cinturón.

—¡John! —gritó Maggie aterrada—. ¡Cuidado, tiene un arma!

John ya lo había visto y Blanca también. La mexicana intentó interponerse, pero no lo consiguió.

Daniel avanzaba ya como un lobo, el cuerpo inclinado y el revólver, presto a disparar, en la mano.

Un hombre corpulento se interpuso y sujetó a Daniel por el brazo, con una presa que lo inmovilizaba. John, asombrado, se dio cuenta

de que se trataba de Belluno.

—Quieto, hombre —dijo el italiano—. No va a matarlo, digo yo.

—¡Sáqueme las manos de encima, perro! —gritó el joven—. ¡Lo voy a matar!

Belluno lo derribó al suelo en una presa, mientras el pesado cuerpo de Horsteter, aparecido también a su lado como surgido del suelo, le pisaba la mano.

—Calma, hermano, calma. No se mata a la gente por una cosa tan tonta. Y tú, Higgins, lárgate. ¿Es que quieres que te despeine este mocito?

La gente se había arremolinado. Blanca intentaba calmar a Daniel que se debatía en el suelo.

John cogió a Margaret y la arrastró hacia el coche, mientras un policía mexicano, uniformado de azul, se abría paso entre el enjambre de curiosos.

John subió al coche y lo puso en marcha, pero el policía le hizo señas de que no continuase.

Horsteter y Belluno habían dejado a Daniel, el cual se ponía en pie limpiándose el polvo del traje.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el policía—. Usted, guarde el revólver.

Daniel obedeció, lanzando una mirada oblicua en dirección a Higgins. Blanca hablaba rápidamente, explicando algo que John no pudo oír, y el policía asintió. Luego se dirigió hacia el coche, acompañado por Horsteter y Belluno.

—¿Está usted borracho? —preguntó—. ¿Quiso atacar a este hombre? Enséñeme su pasaporte.

Higgins se lo mostró y el policía lo examinó detenidamente.

—Bueno, no ha pasado nada y ese caballero no quiere ponerle denuncia. Pero hay que llevar cuidado con el alcohol, místico.

—No quise atacarlo. Fue él quien me golpeó con la fusta. Pero tampoco quiero seguir adelante con el asunto.

—Claro que no —intervino Horsteter conciliadoramente—. No ha pasado nada en realidad, oficial.

Hablaba un castellano un tanto oscuro, pero comprensible. El policía movió la cabeza.

—Bueno, que no vuelva a suceder.

Saludó llevándose la mano a la visera de la gorra y se alejó.

Horsteter miró fríamente a John.

—Gracias —dijo éste con una mueca—. Llegaste a tiempo, ¿eh?

Horsteter se inclinó sobre la ventanilla del coche.

—Míster Meredith no quiere que te ocurra un accidente... por ahora

—dijo—. Si no fuera por ello hubiera sido un placer para mí dejar que el mocito te emplomase.

—Eso quiere decir que vosotros cuidaréis de que no me ocurra nada.

—Por lo menos, no por ahora.

Se soltó y dio la vuelta. Por encima de su hombro le lanzó la última frase:

—Aunque no creo que tenga que hacer de niñera de ti mucho tiempo.

Mientras Higgins ponía en marcha el coche dirigiéndolo al puente internacional, Margaret preguntó con el ceño fruncido:

—¿Quién era esa mujer, John?

El no respondió por el momento.

—¿Me has oído? ¿Qué significa todo eso? ¿Por qué quería matarte ese hombre?

—No es nada, nena. La conocí cuando llegué aquí y el hombre es su novio o algo así. Debía estar celoso. No lo comprendo, si no.

—¿Por qué?

El tono de la muchacha era cortante.

—Yo qué sé. Estos meridionales tienen la sangre ardiente. No piensan exactamente como nosotros.

—Y ella es muy bonita. John, no me gusta nada todo esto. No tenías por qué haberte dirigido a ella.

John estaba enfurecido.

—Bueno, ya pasó, ¿no? Quise decirle algo pero no me dio tiempo siquiera. Eso es todo y no vamos a estar hablando de ello hasta mañana.

—John, si has estado haciendo tonterías con esa chica...

Habían llegado al puente.

Lo cruzaron lentamente siguiendo la riada de coches norteamericanos que volvían a El Paso.

Pasaron la aduana y el edificio del Departamento de Inmigración. Stepanek no estaba ya allí.

—¿Vamos ya al hotel?

El tono de la joven sonaba irritado.

—Sí —respondió John—. Tengo una botella en la maleta. Podemos acabarla en la habitación.

—¿Cómo conociste a esa chica?

—En los toros. Me explicó detalles de la corrida que yo no entendía.

—Ya. Y, ¿no te explicó algo más, por casualidad?

—Vamos a dejarlo ya, ¿quieres?

—Tienes que explicarme algunas cosas.

John dio un fuerte golpe al volante y frenó a fondo. Había estado a punto de saltarse un disco rojo y el policía en la esquina de Persing y de Copia lo miró ceñudamente.

Cuando la señal se puso verde, continuó.

—Margaret, tengo que pensar y no es la mejor manera de ayudarme el estar haciéndome pregunta tras pregunta. ¿No lo entiendes?

—¿Por qué no dejaste en paz a esa chica, entonces? Fuiste tú quien se acercó a ella, no ella a ti.

—Por el amor de Dios, ¿quieres callarte de una vez?

—Sí, ya lo sé. Estás pensando. Y yo, también.

—Pues piensa en voz baja.

Llegaron al hotel y se dirigieron a la habitación, callados y tensos.

John cogió la botella y se escanció un vaso. Ella negó con la cabeza.

—No tengo ganas de beber ahora. Voy a salir a dar un paseo.

John, qué se había dejado caer sobre la cama, se incorporó, quedando apoyado sobre un codo.

—Que vas a ir... ¿dónde?

—A dar un paseo. Son las siete y media. No tengo ganas de permanecer encerrada aquí todo el tiempo.

—Escucha, Margaret, si te ha molestado lo de esa chica...

—Ya me has dicho que no hablamos más de eso, ¿no? Pues vamos a callarnos.

—No salgas. No quiero que andes por ahí.

Margaret se volvió a él. Sus ojos verdes brillaban peligrosamente.

—*Voy a salir, John.* Y tú no vas a estar dándome órdenes sobre lo que debo o no debo hacer. Y no me gusta que digas «no quiero», como si yo te perteneciese. Aún tengo libertad para hacer lo que me parezca sin esperar a que alguien me lo diga.

John comprendió que una pelea no les haría bien a ninguno de los dos y cerró la boca.

Margaret se echó un liviano abrigo blanco sobre el vestido y salió.

John se sirvió un nuevo vaso y lo bebió de un trago.

Se le habían pasado por completo los efectos de la borrachera y comprendía que se había portado como un asno. No tenía por qué haber interceptado a Blanca. Había sido una equivocación estúpida. Y había estado a punto de perderse todo por aquella estupidez. Si Daniel hubiera disparado contra él... Si Horsteter no hubiera llegado tan a tiempo, a estas horas podía estar en el hospital o en la cárcel. Y Stepanek se le hubiera ido encima con todo su peso.

¿Qué estaría ahora haciendo Meredith en el Hilton?

El pensar en Hugh le llevó a pensar en lo que él mismo debía hacer. Necesitaba meditar otra vez el plan a seguir para eliminar cualquier defecto que pudiera tener. Porque un error, uno solo, significaría la perdición.

Su idea.

Porque su idea era muy otra de la que creían todos.

Les había hecho creer que pensaba salir del país por México, pero en realidad nada más lejos de sus propósitos. Aquella era su jugada maestra. Cuando todos estuvieran empapados de aquella idea, tomaría nuevamente el avión y se dirigiría al Canadá. No podían impedirle salir del país, si es que llegaban a darse cuenta de sus verdaderas intenciones. Cuando quisieran reaccionar, estaría en Montreal y después en Suiza.

Pero tenía que procurar que no se dieran cuenta de sus intenciones. Y no era la mejor manera de conseguirlo el ponerse a reñir con Margaret como un perro y un gato.

Había interceptado el paso de Blanca por un impulso. Y para ser sincero consigo mismo, no había sido sólo el alcohol el que lo impulsó a ello. Estaba la muchacha muy bella con su traje mexicano, negro y bordado en plata, su cabello brillando al sol con reflejos bronceados.

Se sorprendió a sí mismo haciendo una comparación entre Margaret y Blanca. La mexicana no salía mal librada de la comparación. Ni mucho menos.

Encendió un cigarrillo, diciéndose que debía dejar de pensar en aquella muchacha y dedicarse con todas sus fuerzas a resolver el problema que tenía ante sí.

Debía comenzar por buscar a Margaret y explicárselo, porque ella

era un eslabón muy importante de su plan. Se preguntó dónde estaría, aunque se imaginaba que en cualquier bar.

A las nueve se decidió a salir para buscarla, pero cuando iba a hacerlo, la puerta se abrió y la joven apareció en el umbral.

—Lo siento —dijo—. Creo que me he puesto verdaderamente furiosa.

John estaba tan contento que se olvidó de su irritación.

—Está bien. ¿Has cenado?

—No. Es muy tarde, ¿no?

—Podemos tomar algo.

Ella se inclinó sobre John.

—John, vámonos.

—Bueno, eso es lo que quería.

—John, vámonos... *ahora*.

—Espera, cariño. Déjame que te explique mi plan.

Vio cómo los labios de ella temblaban.

—¿Quieres decir que no podemos marcharnos ahora mismo?

—No, pero tengo un plan completamente terminado. Escucha.

Y se lo dijo.

Pero ante su gran asombro, no pareció que aquello la alegrase demasiado. Por el contrario, su cara continuó seria.

—John, tengo... tengo el presentimiento de que es demasiado tarde.

—Pero ¿por qué?

Ella rehuyó su mirada.

—No lo sé, es un presentimiento.

—Vamos, bebe un trago y olvídale todo. Vamos a pedir que nos suban unos emparedados de pollo.

Pero había logrado intranquilizarlo a él también.

CAPÍTULO VII

Llamaron a la puerta y la muchacha se sobresaltó. Eran las nueve y media, al día siguiente de la riña.

—Será el camarero —dijo John.

Abrió. No era el camarero con el desayuno, sino Stepanek, el al parecer omnipresente Stepanek.

—¿Qué desea? ¿Es que no puede estar un par de horas sin mí? ¿Por qué no se casa conmigo y así puede verme a cada momento? —preguntó John irritado.

A su espalda oyó el suspiro de alivio de la muchacha, y ello le sorprendió.

—Las cosas comienzan a ponerse calientes —dijo el hombre del Tesoro—. Ha ocurrido algo.

—¿De veras? ¿Qué clase de cosas? Mire, Stepanek, es muy tarde y no tengo ganas de charlar a estas horas, sin haberme lavado los dientes.

—Bueno, no será una charla muy larga. Solamente quiero decirle que han asaltado la oficina de un abogado en Chicago. Para ser exactos, la oficina de un tal Livingstone.

John Higgins se quedó inmóvil. Su cara había palidecido.

—¿Ya no tiene deseos de bromear ni de lavarse los dientes, Higgins? Eso mismo. Que unos ladrones han asaltado las oficinas de un tal Livingstone. Creo que usted lo conocía, ¿no?

John tragó saliva.

—¿No? —insistió Stepanek—. Tengo idea de que usted y Livingstone se conocían, pero puede que yo esté equivocado.

—¿Le... le ocurrió algo a Livingstone?

—Nada, al parecer. Simplemente desvalijaron su oficina. Bueno, Higgins, ¿tenía o no tenía yo razón?

Súbitamente se puso serio. Sus ojos brillaron peligrosamente.

—Higgins, *esto quema*. Estoy seguro de que usted ha estado en tratos de alguna clase con Livingstone. Puedo hasta figurarme lo que han hecho juntos.

No apartaba los ojos de Higgins.

—Usted le ha dado instrucciones para el caso de que algo le ocurriese, ¿no es así? Bueno, pues hay alguien más que lo sabe, o se lo figura, y ese alguien es tan peligroso como una serpiente mocassin. Meredith, en una palabra. En este momento ya no tiene usted ninguna seguridad de que Meredith no esté en posesión de su secreto.

—No sé de lo que me está hablando —respondió levemente John—. No lo sé. Está usted faroleando.

—¿Sí? Bueno, espere un poco y ya me lo dirá... si es que puede. Por última vez, Higgins, le digo que debe confiarse a nosotros. De lo contrario, va a encontrarse en un buen aprieto.

—¿Eso es todo? —preguntó Higgins.

—Sí. Bueno, excepto que nosotros no tenemos ningún deseo de que a usted le ocurra nada antes de que nos haya explicado lo que queremos saber.

Se dirigió a la puerta y la abrió una rendija.

—Solamente por eso tenemos interés en que su vida no peligre. Pero no siempre podremos protegerlo, Higgins. En cualquier momento, Meredith puede sentirse seguro ya y entonces usted se acaba. No estaré muy lejos, pero más vale que vaya pensando en lo que le he dicho.

Dio media vuelta y se marchó.

Higgins se volvió lentamente. La muchacha lo miraba con extraña expresión.

—¿Lo has oído? —preguntó John.

—Sí. ¿Qué va a ocurrir ahora?

—¿Cómo ha podido enterarse Meredith de quién era el abogado al que le había entregado las pruebas?

—Ni idea, John. Ni yo misma lo sabía.

John encendió un cigarrillo.

—Hay —dijo lentamente— una manera de que Meredith se haya enterado. Una explicación.

—¿Cuál?

—Una sola explicación, Maggie. Una sola.

Ella estaba envolviéndose en una bata transparente.

—¿Qué quieres decir, John?

—Que has sido tú, Maggie.

—¿Yo? John, ¿estás loco? Pero si no yo misma lo sabía.

—Tú, Maggie.

Dio un paso hacia ella. Un tic nervioso le contraía el ojo izquierdo, como si se hubiera introducido en él el humo del cigarrillo.

—Sí, tú, Maggie. Anteayer escribí una carta a Livingstone y dejé el sobre encima de la mesa mientras me duchaba. Tú lo leíste, Maggie.

—John, te juro que... pero ¿por qué habría de haber hecho yo una cosa así?

Tenía los ojos muy abiertos, aterrados. John apenas la dejó acabar. La contemplaba fijamente.

—No hubiera querido pensarlo jamás, Maggie, pero no tengo más remedio que hacerlo a la vista de los hechos. Nadie más que tú pudo leer la dirección en el sobre.

Tiró el cigarrillo. Tenía las mejillas pálidas, pero sus ojos brillaban con resolución.

—Sí, Maggie, ¿por qué habrías de hacerlo?

Ella retrocedió según John iba avanzando.

—No, John, estás obcecado. ¿Qué motivos iba a tener para hacer una cosa así? No puedes hablar en serio, John. ¡No puedes decirlo en serio!

John se detuvo.

—¿No has sido tú, Maggie?

—¡No, John! ¡No lo hice! Ni siquiera miré la carta. John, estamos unidos. Te he seguido. ¿No es eso prueba bastante de que te quiero y que deseo compartir contigo todo lo que venga? ¿No es prueba, suficiente?

El guardó un momento de silencio. Se pasaba la lengua por los labios como si se le hubieran sacado de pronto.

—Maggie, si me has traicionado no vivirás lo bastante como para beneficiarte de ello.

Ella lo cogió por los hombros.

—John, vuelve en ti. ¿Cómo iba a traicionarte si desde que te vi por primera vez no tuve ojos sino para ti? No hay nada que no sea capaz de hacer por ti. Me crees, John, ¿verdad que me crees? Dime que lo crees y que estabas loco cuando hace un momento me acusaste de una cosa tan horrible.

—Sí —murmuró él—. Estaba loco. Debí estarlo, pero es que, ¡infiernos!, no comprendo cómo pudo enterarse Meredith de quién era el abogado. Lo habíamos planeado detalle a detalle.

—Hugh tiene mucho poder, cariño —respondió ella pasándole la mano por el pelo—. Eso es lo que ha ocurrido. Se habrá enterado de alguna manera que ahora no podemos comprender. Pero John, no debes dudar de mí ni por un solo momento.

El se separó con brusquedad.

—Bien —dijo—. Debemos seguir adelante con nuestro plan.

Hizo una pausa.

—Escucha: Mañana mismo vamos a pasar al otro lado de la frontera, como si nada hubiese ocurrido. Después volveremos y sacaremos los pasajes en el avión para Frisco. Hay uno mañana a las ocho. En Frisco podremos tomar el de Montreal. Lo haremos, ya lo verás.

—Sí, John, me parece lo mejor.

—Debemos conducirnos como si nuestro destino fuese México capital, Maggie, como si ni siquiera se nos hubiera pasado por la imaginación el hacer otra cosa que el salir del país por el Sur. ¿Comprendes? De ello depende que todo salga bien.

—Sí, John —asintió ella.

—Y... —La besó en los labios—. Perdona lo que te dije. Me volví loco.

—No necesitas hablar de ello, John. Comprendo que estabas excitado y asustado.

—Lo estaba. Mañana iremos a Juárez antes de comer. Voy a llamar para reservar los billetes en el avión de San Francisco de mañana noche. Prepara estrictamente lo necesario, porque nos marcharemos de aquí sin despedirnos siquiera. Los pasajes los reservaré a nombre de John C. Clark y su esposa. ¿Comprendes?

Ella asintió con la cabeza.

—No intentaremos despistar a Horsteter y Belluno, en el caso de que nos sigan, como probablemente harán. Volveremos aquí a tiempo justo de entrar por una puerta y salir por la otra. Derechos al avión.

—Entendido, John. Creo... creo que es lo mejor.

—Pues ya lo sabes. No cojas sino lo imprescindible, repito.

A la mañana siguiente, mientras ella se arreglaba, John cogió silenciosamente de su maleta todo aquello que podía serle necesario y lo metió en una cartera de mano. Se cercioró de que llevaba los cheques de viajero y esperó fumando. Una arruga de concentración

fruncía su entrecejo.

Cuando Margaret salió, bajaron. John entregó la llave en la conserjería y salieron a la calle.

—Espera —dijo—. Voy a llamar al aeropuerto desde esa cabina. No quiero hacerlo desde el hotel. Será mejor así.

Volvió al cabo de tres minutos... Margaret lo esperaba sentada en el coche.

Veinte minutos después estaban en el puente. John miraba a todas partes con atención, pero hasta entonces no había visto ni señales de Horsteter, ni de Stepanek. Tampoco estaba este último ante el edificio de Inmigración.

—Demasiado tranquilo todo —masculló.

A estas horas ya deberían haberle puesto algún inconveniente. El empleado le renovó el permiso y se lo devolvió sellado. Les hizo señas de que continuasen.

En el lado mexicano ocurrió lo mismo, pero a John le pareció que el funcionario tardaba demasiado en sellarlo. Lo miró varias veces como si no acabase de entenderlo y por fin los dejó pasar.

—Ya estamos —dijo John.

A su lado la muchacha le sonrió y John le devolvió la sonrisa.

—Comeremos en Rancho Sausalito —dijo John—. ¿Tienes hambre?

—No... no mucha, al menos.

John dirigió el coche por entre la multitud hasta la avenida del 16 de Setiembre. Rancho Sausalito estaba al final de la calle, casi en donde nacía la carretera nacional.

—¿Quieres hacer alguna compra? —le preguntó—. Cosas de poco bulto. Cuando nos dirigamos al Norte no podremos llevar mucho peso.

—Nada —ella lo pensó un momento—. Nada se me ocurre, por el momento.

Entraron en el restaurante, lleno de americanos a esa hora y se sentaron a una mesa. El camarero les tomó el pedido y al poco tiempo trajo la comida. John estaba muy satisfecho y pidió salsa Worcester para agregarla a las tortillas.

—Es un descubrimiento mío —dijo—. Deberías probarlo. Les da un sabor extraordinario.

—John, si te digo que tengo miedo, ¿creerás que soy una cobarde?

—Vamos, Maggie, no vas a arrojar ahora la esponja. Estamos muy

cerca de la tranquilidad. Cuando estemos en Europa...

Siguió hablando durante un rato, dirigiendo de vez en cuando una mirada a la puerta. Una de las veces hizo un movimiento brusco y la botella de la salsa se volcó. Un chorro de líquido rojo oscuro cayó sobre su chaqueta.

—¡Cuidado! —dijo la muchacha adelantando una mano. Pero el daño estaba hecho.

—Uno de mis mejores trajes arruinados —dijo John con un gesto de fastidio.

Un camarero se aproximaba con la servilleta en la mano. John se puso en pie.

—Iré al lavabo a ver lo que puedo hacer —dijo—. Espera un momento, cariño.

Se volvió al camarero.

—Que espere la carne. No me gustaría comerla muy fría.

—Sí, señor. Si el señor quiere que...

—No, tal vez un poco de agua fría remedie el daño. No quiero limpiarme aquí, con toda la gente mirando.

—Sí, señor.

John dio una palmada en el hombro a Margaret.

—Tardaré diez o quince minutos, querida. Entretanto con la ensalada.

—No tardes —respondió ella sonriéndole.

John se dirigió al pasillo que conducía al lavabo. El camarero lo siguió solícitamente.

Cuando estuvieron lejos de las miradas de los ocupantes del comedor, John se volvió hacia él y le puso en la mano un billete de veinte dólares.

—No ha sido tan casual —dijo mirándolo fijamente—. Quiero salir un momento porque tengo que ver a alguien, pero no quiero que la señora se entere, ¿comprende?

—Sí, señor —respondió el otro con una cómplice sonrisa.

—Hay otra salida, ¿verdad?

—Sí, señor. Al final del pasillo hay una puerta que da a un patio y enfrente está la salida. Pero no podrá entrar de nuevo por ella. Siempre está cerrada. *Debe* estar cerrada. Son las órdenes.

John sacó otro billete. Este de cincuenta.

—Si dentro de media hora encuentro esa puerta abierta, habrá otro

igual para usted.

El hombre asintió y John siguió pasillo adelante.

Cuando estuvo en la calle posterior, comenzó a moverse velozmente.

En la esquina encontró un taxi y ordenó al conductor que lo llevase al aeropuerto municipal, que distaba apenas cinco minutos de recorrido en coche. Después de ajustado el precio, el conductor arrancó con una velocidad suicida, tomando las curvas en dos ruedas.

En el aeropuerto le dijo que esperase y se precipitó hacia las oficinas de información. Allí le indicaron dónde debía dirigirse para alquilar un aerotaxi, aunque no sabían si habría alguno libre.

Un momento después hablaba con un mexicano de fuerte complexión que llevaba una gorra de visera sobre los negros cabellos y que sonreía afablemente.

—Supongo que tendrá usted su documentación en regla —dijo.

John asintió y le mostró el pasaporte con el visado de entrada para turistas.

Al mismo tiempo le mostró diez billetes de cien dólares. El piloto asintió.

—Lo más pronto posible, a las siete de la tarde —dijo.

—Preferiría que fuese por la noche. ¿Podría ser?

—Sí, pero le costará algo más caro.

—Pagaré lo que sea, pero quiero estar en México ciudad mañana mismo.

—Bien. Serán mil quinientos.

Le estaba aumentando las tarifas, pero no podía discutir. Afirmó con la cabeza.

—Mil ahora y el resto al terminar el vuelo —dijo.

—Bien. Esté usted aquí a las nueve de la noche y saldremos al momento.

John le estrechó la mano.

—Supongo que no hay nada de irregular en todo esto —dijo al azar. El piloto mexicano sonrió cordialmente.

—Nada, por supuesto. Hay muchos compatriotas suyos que hacen una escapada a México ciudad y utilizan este sistema. Aunque no suelen tener tanta prisa como usted. Pregunte por Barrios.

John se despidió, tomó el taxi y cuando llegó al rancho Sausalito

habían pasado exactamente veinte minutos.

Encontró a Margaret sentada a la mesa con aire asustado.

—¡John! ¿Dónde has estado?

—He tenido que entretenerme un momento —dijo sonriendo—. ¿Qué ocurre?

—Horsteter. Ha entrado dos veces y al ver que no estabas se ha acercado a mí.

Frunció el entrecejo.

—Le dije que se cuidase de sus asuntos, pero no pareció muy convencido. Ha estado hablando con el camarero.

Éste se acercaba con la carne.

—Un caballero preguntó insistentemente por usted —dijo—. Pero no tengo que contestar preguntas, ¿verdad?

—Gracias —dijo John—. Y ahora, Maggie, mira esta carne. Tiene un aspecto de lo más apetitoso.

Pero la joven parecía no tener ya apetito. Miraba a John con los ojos muy abiertos. Higgins sonrió.

—Vamos, vamos, querida, no tiene veneno ni ninguna cosa por el estilo. Es excelente carne de ternero. Por cierto, habrás visto que la mancha no salió. Me cambiaré de traje esta noche.

—Ahí está de nuevo ese hombre —dijo Maggie.

—¿Quién?

—Horsteter. Míralo.

Horsteter había aparecido en la puerta. Vio a los dos sentados y volvió a salir. Detrás de él John vio la larga cara de Belluno.

Higgins hizo un gesto de burla y siguió comiendo.

«Seis horas —pensó—. Seis horas nada más».

CAPÍTULO VIII

Procuró no beber demasiado, pero no impidió que Margaret lo hiciera. Por el contrario, la estimuló a seguir haciéndolo.

A las siete de la tarde, después de haber recorrido la ciudad y de haber hecho rodar el automóvil por las carreteras hasta llegar al borde del desierto, detuvo el coche.

—¿Por qué no volvemos ya? —preguntó ella apoyándose en su hombro. John había detenido el automóvil ante la alta tapia del cementerio de San Juan.

—Sí —replicó—. Es decir, voy a volver.

—¿Qué quieres decir, cariño?

Ella lo miraba con sus inmensos faros verdes. El sol se ponía en ese momento y el campo se llenaba de sombras violetas.

—Quiero decir —respondió él con voz controlada— que soy yo sólo el que va a volver... *solo*.

Ella se incorporó.

—Tú estás lo...

—No, y no tengo tiempo que perder. Porque, Maggie, verás, he estado dudando...

—¿Dudando de mí, John?

—No exactamente. Dudando entre matarte o dejarte colgada a diez millas de la ciudad. Me he decidido por esto último. Es... menos peligroso para mí.

Abrió la portezuela y se quedó mirando a la muchacha.

—Desciende —ordenó.

—Pero, John, no estás bien de la cabeza. No comprendo lo que quieres...

—Desciende, he dicho. Vamos, vuélvete con tus amigos. Con los cerdos de tus amigos.

—John...

—Déjate de «John». ¿Creíste que me habías engañado, zorra? Tú leíste la dirección en el sobre y le pasaste inmediatamente el dato a tu amiguito Hugh. Cuando saliste a dar tu paseo, ¿verdad?

—Pero...

Una simple mirada al rostro del hombre comprendió que era inútil seguir negando. Las facciones crispadas de John Higgins eran harto elocuentes.

—John... me obligaron.

—Bájate, he dicho. Bájate o te llevo veinte millas más allá.

—Pero no puedo caminar con estos zapatos.

—Eso es problema tuyo. Baja.

Le dio un empujón que casi la tiró al suelo de la carretera. Luego puso en marcha el coche y lo lanzó hacia adelante como una flecha. La última visión que de la muchacha tuvo fue el brillo fugitivo del cabello rubio y la mancha clara del vestido.

Apretó los dientes. Un capítulo de su vida se cerraba en aquel momento, y sabía que le iba a doler, y que tardaría en olvidarla. Pero siguió adelante.

—Adiós, Margaret —dijo. Y se preparó para lo que había de venir.

A la entrada de Juárez había un surtidor de gasolina. Se bajó y pidió que le dejaran telefonar.

Llamó al aeropuerto y preguntó por Barrios, el piloto. Un momento después la voz del mexicano llegó hasta él.

—Estoy al otro lado de la ciudad, señor Barrios. Tenga, por favor, el avión preparado. Ya sé que son poco menos de las ocho, pero me gustaría salir cuanto antes.

—Éste... está bien, señor, pero... —La voz del piloto bajó de tono—. Oiga, sepa que no me gusta hacer esto, pero un hombre ha preguntado por usted.

Higgins sintió la boca llena de tierra seca.

—Y... —dijo.

—Me ha hecho una serie de preguntas referentes a usted. Mucho me temo que...

—Vamos, hable. ¿Es que piensa usted volverse atrás?

—Escuche, señor, esto no me gusta nada. Cuando hago un trato lo cumplo, pero si la policía mete las narices en un asunto y me dicen que puedo jugarme el título, me lo pienso antes de seguir adelante.

—¿Eso le han dicho? —preguntó John furioso—. Le han mentido. Puedo asegurarle que no hay nada irregular en lo que le he propuesto. Y usted ha aceptado mi dinero.

—Mire, señor, no debe ponerse así. Me alegro de que me haya telefoneado. El hombre que preguntó por usted está aquí. ¿Por qué

no viene a verme y discutimos esto amistosamente? Yo no quiero quedarme con su dinero y se lo devolveré en cuanto usted me diga, pero si la policía...

John se tragó los deseos de insultarlo.

—Escuche, ¿cómo es ese hombre?

—Pues... ya le digo que está aquí. En este momento lo tengo bajo mi vista, fuera de la cabina. Es un hombre de unos cuarenta años, delgado, con el pelo claro Y dice que es policía. Me ha enseñado una placa y ha venido con un policía mexicano. Por eso le digo que me alegro de que haya llamado. Así cumplo con usted. Pero no me gustan estos asuntos, señor.

—Cállese. ¿Se niega a llevarme?

—Pues... la verdad es que no puedo hacer otra cosa. Pero no soy un ladrón ni un mal cumplidor. Dígame dónde puedo llevarle el dinero o venga usted por él.

—¿Le ha dicho ese hombre que se niegue a llevarme?

—No exactamente. Lo que me ha dicho es que quería hablar con usted y el policía mexicano me ha dicho que no le lleve a usted hasta que su compatriota hable con usted, porque de lo contrario me vendrían disgustos. Le tengo mucho cariño a mi profesión y... ¿Por qué no viene acá si todo está en regla, señor? Éste... ¡oiga, no puede hacer eso por muy policía que sea! ¡Déjeme, le digo!

John apretó el auricular contra su oído y oyó una serie de ruidos, como si estuviesen peleando por el teléfono. Luego, la voz de Stepanek le llegó nítidamente.

—¡Higgins, no sea loco! No puede usted marcharse. Meredith ha debido recobrar lo que usted le dejó a Livingstone, porque se ha marchado de El Paso, pero Horsteter y Belluno se han quedado aquí y tengo idea de que otros hombres también. Dos más, por lo menos. En este momento lo estarán buscando y si lo encuentran... Más vale que se ponga bajo nuestra protección.

John sintió que el sudor le corría frente abajo. Tenía la espalda mojada.

¿Habría comprado Meredith a Livingstone? Si Hugh se había marchado es porque no quería estar cerca del asunto si éste llegaba al asesinato. Y Horsteter debía tener órdenes de llegar hasta el asesinato. El mismo o pagando a cualquiera para que lo cometiese en su lugar.

Si Hugh tenía ya las pruebas en su poder...

Pensó que aquello podía ser simplemente una añagaza de Stepanek. Lo crearía muy capaz de ello.

—Bueno, en ese caso —dijo lentamente—, ¿por qué no puedo yo marcharme a otro lugar? ¿Por qué intenta impedírmelo? No tiene derecho a hacerlo.

—¿Dónde está usted, Higgins?

—No pienso decírselo. No tiene derecho a retenerme aquí, le digo.

—No sé si tendré o no derecho, pero no pienso dejar que se largue.

Vamos, Higgins, no sea obstinado. *Se está jugando la vida.*

Higgins colgó bruscamente y se secó el sudor con un pañuelo.

Salió al exterior y vio su coche ante la estación de servicio. ¿Qué estarían haciendo Horsteter y Belluno en esos momentos?

Se metió en el bar y tomó un *whisky*.

Sentía como si un círculo de hierro estuviese estrechándose en torno a él.

No sabía cómo demonios se había enterado Stepanek de que había alquilado un taxi aéreo, pero comenzaba a sentir un cierto respeto por el hombre del Tesoro. No era un tonto, precisamente.

¿Y si le hubiese dicho la verdad? ¿Y si en ese momento su vida no valiese ni un centavo va para Meredith?

Respiró hondamente. No estaba aterrado. Sabía que quizá iba a tener que luchar por su vida. Bien, lo haría.

Subió al coche y puso la mano en la llave de encendido. Mientras, pensaba furiosamente. Ir ahora al hotel Los Angeles equivalía a ponerse en manos de Horsteter o caer en las de Stepanek. Por otra parte, seguir hacia México ciudad significaba caer en manos de la policía mexicana. Ésta conocería por Stepanek la matrícula de su coche y darían la alarma en poco tiempo. La situación era casi desesperada.

Miró por el retrovisor y vio cómo un coche llegaba por la carretera y se detenía ante la estación de servicio. A la luz de la marquesina vio algo que hizo acelerarse su pulso.

Porque Horsteter, Belluno y Margaret, iban en él. Y el primero se apeaba cuando Margaret le hizo una seña indicándole el coche de John.

Éste no esperó más. Puso en marcha el automóvil y se lanzó hacia adelante. Aún tuvo tiempo de ver cómo Horsteter subía al suyo y se

preparaba para seguirlo. Habían arrojado las máscaras por fin y eso sólo podía ser por una razón: Stepanek estaba en lo cierto.

Ahora ya iban detrás de él.

—No me cogeréis —dijo apretando los dientes. El temor había cedido paso a una fría furia.

Si al menos tuviese una pistola... Pero la suya se la quedó Horsteter cuando le dio la paliza. Y sin armas, mal podría hacer frente a una pareja de asesinos.

Se preguntó vagamente cómo habrían encontrado a Margaret tan pronto. Debían irle siguiendo y lo pasaron mientras él estaba en la gasolinera, telefoneando. Hallaron a la chica, la recogieron, dieron la vuelta y entonces lo localizaron en la estación. Pero todo aquello tenía ahora muy poca importancia ya.

Tenía que encontrar un arma y pronto.

Y tenía también que desprenderse del coche. Con el lo encontrarían enseguida y necesitaba cierto tiempo para prepararse y pensar en lo que había de hacer, y en la mejor manera de llevarlo a cabo.

Había entrado ya en Ciudad Juárez. Dobló dos o tres esquinas rápidamente, asustando a un grupo de pacíficos mexicanos con sus familias, y llegó al parque. Se metió por uno de los caminos laterales, oscurecido y detuvo el automóvil.

Se bajó y echó a correr entre los árboles. Había bastante gente tomando el fresco en los bancos y alrededor del templete de la música, donde un mariachi lanzaba al viento los agudos sonidos de sus violines y trompetas. Al menos, entre la gente estaría más seguro.

¿Qué había dicho Stepanek?

Había otros dos hombres tras de sus huellas. A Horsteter y a Belluno los conocía al menos, podía huir; pero ¿y si cualquiera de los turistas que paseaban por el parque o se dirigían con sus autos al puente internacional era un hombre de Meredith?

Nada más fácil que darle una cuchillada y dejarlo tendido en cualquier rincón.

Se limpió el sudor de nuevo.

Necesitaba un arma... y también un lugar en que meterse.

«Maldita Margaret» pensó furiosamente. La había amado mucho y habría hecho por ella cualquier cosa. Ella se lo pagaba vendiéndolo y poniéndole el cuello bajo la cuchilla.

Y entonces, como una inspiración, recordó de pronto.

Los Delabarre.

El había visto a Daniel con un arma. Incluso estuvo a punto de matarlo con ella. Tal vez el viejo podría procurarle un revólver. Los mexicanos no necesitan permiso de armas, al menos no tienen tantas dificultades como en Estados Unidos para usarlas.

De todas formas, peor de lo que estaba no podría llegar a estarlo. Era una probabilidad remota, pero una probabilidad al fin y al cabo. No podía elegir, simplemente. Por lo menos podría meterse entre cuatro paredes. Después...

¿Dónde vivían?

Forzó la memoria, mientras eliminaba otros lugares en que poder ocultarse, y ninguno de los cuales reunían la seguridad necesaria.

Porque sólo en un caso extremo acudiría a la policía. No, debía procurar salir del asunto por sus propios medios, si es que podía. Si iba a la policía ya podía despedirse de la libertad, aunque el dinero aún continuase seguro en Suiza.

«¿Dónde diablos vivían?». Lo había visto en la guía de teléfonos, en El Paso. «Una sola palabra... Jardín... bosque... ¡vergel! Eso era. Calle Vergel, 62. Allí era donde vivían, pero ¿estarían siquiera en casa?».

Se volvió a una mujer que acababa de tropezar con él y le preguntó dónde estaba la calle Vergel. La mujer le dijo rápidamente que tenía que caminar dos manzanas, torcer a la derecha y luego a la izquierda.

Mientras la escuchaba vio de pronto el «Chrisler» azul claro de Horsteter que tomaba lentamente la curva del camino del parque. Dio las gracias y se lanzó hacia la dirección indicada, volviéndose para mirar por encima del hombro.

Lo habían visto.

Debía mantenerse en lo posible apartado del camino, pero lo peor sería cuando llegase a la calle. Entonces llegarían, se pondrían a su altura y...

Echó a correr, salió del parque y consiguió llegar a la esquina de la primera manzana. Entonces vio el coche otra vez.

Llegaba lentamente, porque la circulación era aún bastante densa. Eso podría ser su salvación, ya que él podía moverse más aprisa.

La gente se volvía a mirarlo cuando lo veía avanzar casi corriendo,

con la ropa en desorden y la cara sudorosa.

La segunda manzana.

Ahora tenía que torcer a la derecha y luego a la izquierda.

Allí estaba.

La calle por la que entró era estrecha, tan estrecha que el «Chrisler» apenas encontraría sitio para pasar. Tendrían que apearse para ir a buscarlo.

La calle estaba bordeada de altas tapias. Se trataba de una zona residencial, de casas grandes, rodeadas de jardines, por encima de cuyas tapias asomaba la hiedra y la parra virgen, cayendo como cortinas verdes.

El coche de Horsteter llegó a la esquina, pero no cometieron la torpeza de intentar introducirse en la calleja. Por el contrario, se apearon Belluno y Horsteter y caminaron por la acera con las manos en los bolsillos.

Ahora, ¿a la izquierda? Sí, allí estaba. En el farol de la esquina pudo leer perfectamente el nombre de «Vergel» y el número que había en la casa más cercana a él, era el 52.

Vergel era también estrecha, aunque no tanto como la anterior. El aire estaba impregnado del aroma pesado y penetrante del cinamomo.

Había poca luz y John comprendió que si en la casa de los Delabarre no había nadie, o no querían recibirlo, se había metido en la más hermosa trampa que sus enemigos pudieran desear.

Ahora corría, aprovechando que la calle estaba desierta. Cincuenta y cuatro, cincuenta y seis...

Se volvió y vio cómo en la esquina, bajo el farol, aparecían dos hombres y cómo algo brillaba fugitivamente en la mano de Belluno.

Sesenta y dos... ¡por fin!

En la tapia de ladrillo había una puerta verde que no distinguió hasta llegar a ella. Sin detenerse, como si fuera otro quien ejecutaba el movimiento, la empujó mientras rogaba al cielo que estuviese abierta.

Lo estaba.

Cerró tras de sí. Casi a tientas encontró un pasador de madera y lo corrió. Luego se apartó de la puerta.

El olor del cinamomo era allí más fuerte y casi se mareó. Los árboles lanzaban sombras aceradas sobre el suelo.

Sintió los pasos de los otros en la calle y cómo pasaban de largo. Quizá no se habían fijado en la puerta y creían que él seguía corriendo al azar. Suspiró y sacó el pañuelo para limpiarse el sudor.

—*¿Qué hace usted aquí?* —preguntó una voz a su lado.

John dio un salto de sorpresa. Frente a él había una mancha blanca, que no había visto debido a las sombras acebradas de los árboles. Un sendero enarenado corría ante él.

—¿Quién es usted? —repitió la voz—. No se mueva. Tengo un arma.

Era una voz de mujer.

—Blanca —dijo John en voz baja—. ¿Puede usted prestarme ese revólver? Es para salvar mi vida.

CAPÍTULO IX

Los pasos, que se habían ido alejando, volvían de nuevo, esta vez más cautelosos, aunque claramente audibles. John Higgins miró hacia la puerta.

—Silencio, por favor —dijo en voz muy baja. Vio con el rabillo del ojo que la muchacha se aproximaba.

—¿Quiénes son? —preguntó ella.

—Hay dos hombres ahí afuera. Quieren matarme. Por favor, no haga ruido.

Desde la parte exterior les llegó el sonido de dos voces.

—... Ha tenido que meterse aquí —decía Belluno.

La puerta se movió ligeramente, como si la empujasen. Luego crujió, ante un envión más fuerte.

—... Está cerrada.

—Pues no hay otro sitio en que haya podido meterse. *Tiene* que estar aquí.

La muchacha cogió a John por la manga de la chaqueta.

—Venga —dijo en un susurro.

Lo guió por el camino enarenado, entre los troncos de los árboles. El camino moría ante el porche de una casa de dos pisos. En una de las ventanas había una luz.

—Pueden intentar entrar —dijo John.

—No lo conseguirán. La puerta es fuerte y el pasador también. Usted lo cerró, ¿no?

—Sí.

—Entonces no hay gran peligro. Vamos, venga.

La muchacha cruzó el porche, empujó la puerta de madera labrada y entró en una habitación oscura. Apretó un pulsador y una suave luz iluminó una de las paredes. Era un recibidor de muebles oscuros antiguos, de oscura y pulimentada madera.

Blanca Delabarre se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Su cara estaba seria y una arruga cruzaba su frente.

—Ya lo ha visto. Me perseguían.

—Pero... ¿quiénes? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿La policía?

—Oh, no. Son dos... —dudó un instante, pero no era aquél el momento de las reticencias—. Son dos pistoleros.

—¿Dos pistoleros? Pero... ¿qué ha hecho usted? Espere. ¿Quiere que llame a la policía?

—No. Lo único que quiero es un arma, por favor. Podré arreglármelas solo si usted me proporciona un revólver.

—¿Para salir y enfrentarse a ellos?

—Pues... no hay otro remedio. Ellos quieren matarme y es lógico que yo me quiera defender, ¿no?

—No lo entiendo, pero...

—¡Blanca!

John se sobresaltó.

—Es mi padre —dijo ella—. Lo verá aquí. Podría tratar de esconderlo en alguna parte, pero no veo la razón para hacerlo. ¿Cómo sé que es verdad lo que me está diciendo? ¿Cómo sé que no es un ladrón u otra cosa cualquiera?

John dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Haga lo que quiera. Le he dicho la verdad, pero si ello no la convence...

—¡Blanca! ¿Estás ahí?

En alguna parte del recibidor se oyó el ruido de pasos y un momento después una alta figura apareció ante ellos. Al ver a John, el señor Delabarre se irguió.

—¿Qué diablos...? ¿Qué diablos está haciendo usted aquí? ¡Fuera de mi casa! Blanca, ¿qué mil demonios significa esto?

—Espera un poco, papá. Este hombre dice que lo persiguen. Junto a la puerta del jardín hay dos hombres, yo los he oído.

—¿Qué historias son éstas? Blanca, ¿no estarás ocultándome algo referente a este sujeto!

—No, papá. Yo estaba en el jardín, cuando oí que la puerta se abría y lo vi entrar. Cerró, corrió el pasador, me vio y me lo explicó.

John no pudo por menos de admirar la concisión y claridad de la explicación de la joven. No había podido emplear menos palabras, ni elegirlas mejor.

Delabarre volvió los ojos hacia John.

—Lo único que quería —dijo éste— es que alguno de ustedes me dejase una pistola, un revólver.

Hizo una profunda inspiración.

—Escuche, señor, lo que le ha contado su hija es la pura verdad. Hay dos hombres ahí afuera que quieren matarme. Yo... es muy largo de contar, pero les doy mi palabra de que si me prestan un arma no les meteré en ninguna complicación.

—Todo esto —dijo el mexicano—, me huele muy mal. Voy a avisar a la policía inmediatamente.

John miró a la joven.

—Lo siento —dijo—. No puedo convencerlos a ustedes, ¿verdad?

—Blanca, vamos a llamar a la policía. Usted, no se mueva. No soy lo bastante viejo como para no poder ahogarlo con mis propias manos si hace un solo movimiento que no me guste. Blanca, trae mi revólver.

La muchacha salió corriendo del recibidor. John, sin moverse, dijo:

—Es una historia un poco larga, señor Delabarre, y no puedo impedir que usted avise a la policía, si cree que es su deber. Estoy metido en un lío, pero le repito que si me presta un arma...

—No pienso hacer semejante cosa. Lo que voy a hacer es entregarlo a usted a la policía.

—No puedo impedirlo —dijo John desesperado. La policía... quizá fuese la única oportunidad de salvación que tenía. Y al fin y al cabo, si el otro se empeñaba en ello, no tenía más remedio que tragarlo.

La situación parecía ya fuera del alcance de sus manos.

La muchacha volvió, siempre corriendo. Llevaba un revólver en la mano y lo entregó a su padre.

—He podido ver dos hombres junto a la esquina desde la ventana de tu despacho, papá —dijo—. Están esperando.

—Pueden ser policías, Blanquita.

—Hubieran tratado de entrar llamando a la puerta —respondió ella—. No, no lo son.

Se volvió a John.

—¿Por qué quieren matarlo?

—Vamos, deja eso —ordenó su padre—. Mientras yo cubro a ese sujeto, tú llama a la policía.

—Esos dos hombres —dijo John lentamente— son dos pistoleros. Yo sé algo que su jefe no quiere que se descubra y han decidido eliminarme.

—¿Algo relacionado con mi país?

—Oh, no. Es algo que ocurrió en Estados Unidos. Nada tiene que ver con México. Les doy mi palabra... —Iba a decir de honor, pero se calló.

Se volvió a la muchacha.

—El otro día, en el bar, esos hombres estaban tratando de coaccionarme, amenazándome. Si yo hacía el menor gesto de que la conocía a usted, Blanca, ellos podrían intentar molestarla, y conocen muchas maneras de molestar a la gente. No quise que supieran que nos conocíamos. Por eso ni la saludé. Espero que me crea.

—¿Dos tipos que había en la puerta?

—Ellos mismos. Si hubiera luz suficiente ahí afuera y usted recordase sus caras, podría ver que son los mismos. Yo me creía protegido por lo que sabía, pero al parecer algo falló. Ahora quieren eliminarme a toda costa.

La joven miró a su padre.

—Eso puede ser verdad —dijo.

—De todas formas, Blanca, nuestro deber es avisar a la policía. Ella decidirá lo que hay de cierto y lo que no en toda esa historia, que me sigue oliendo mal.

En ese momento un timbre sonó casi encima de la cabeza de John. Los tres se sobresaltaron.

—Deben ser ellos —dijo Blanca—. ¿Qué vamos a hacer, papá?

—Abrir —respondió su padre—. Voy a abrir yo mismo.

—¿Están ustedes solos en casa? —preguntó Higgins.

—Sí, pero no hace falta nadie más. Me basto yo y me sobro para controlar esta situación.

—En este caso harían mejor en avisar a la policía, señor Delabarre. Esos dos tipos son muy peligrosos. Asesinos profesionales. Hágame caso. Llame a la policía. Prefiero que me cojan a que... bueno, a que les ocurra algo a ustedes.

—Si fuesen dos asesinos estarían en la cárcel.

John movió la cabeza.

—Nunca se presentaron pruebas contra ninguno de ellas, porque su amo es un hombre muy poderoso, pero les aseguro que son dos pistoleros a sueldo, dos *torpedos*. Señorita Delabarre, avise a la policía.

—Usted tiene miedo —dijo el mexicano un poco despectivamente.

—No tengo miedo por mí, señor. Lo tengo por ustedes. No quisiera que les ocurriese nada por mi culpa. Avisen a la policía.

—Después.

Había un tono inflexible en su voz. Parecía que John le había lanzado un desafío.

—Primero quiero saber lo que hay de cierto en eso.

Y se dirigió a la puerta del porche. El timbre volvió a sonar. John se volvió hacia la joven.

—Hágame caso —dijo mientras el sudor brotaba de su frente—. Hágame caso, Blanca, porque esto es mucho más serio de lo que piensan. Son muy peligrosos. O... por lo menos déjeme ese revólver que usted tiene.

Miraba al vestido de la joven, blanco, con dos grandes bolsillos. En uno de ellos abultaba el revólver.

—Mi padre es un hombre que sabe defenderse, míster Higgins. No lo cogerán desprevenido, si tiene un arma en la mano. Sabe manejarlas como el mejor pistolero. Y no le daré esto... aún. No estoy absolutamente segura de todo. Calle.

El mexicano había salido ya y se dirigía por el sendero hacia la entrada de la tapia. La muchacha cogió a John del brazo y lo arrastró hacia los primeros árboles.

—¿No va a llamar a la policía? —preguntó Higgins.

—Usted no quería que lo hiciéramos, ¿no es cierto?

—No, naturalmente que no, pero si esos hombres...

El señor Delabarre había abierto la puerta, y le oyeron hablar en voz alta. Su voz era lo suficientemente elevada como para que los dos jóvenes le entendieran.

—He dicho que aquí no hay nadie, y ésta es mi casa y debo saberlo, ¿no? Váyanse si no quieren que llame a la policía. Y tengo un arma en la mano y la ley de mi país me autoriza a utilizarla. Vamos, váyanse. Ustedes ni siquiera son mexicanos.

Belluno habló, pero Higgins no entendió lo que decía. Volvióse a oír la voz del mexicano.

—No anden con juegos, porque dispararé sobre cualquiera que intente entrar en mi casa. ¡Vamos, vivo, lárguense!

La puerta se cerró y un momento después la alta figura de Delabarre apareció ante Blanca y John.

Se quedó mirando a este último.

—No me han gustado las caras de esos hombres. Querían entrar y ver si estaba usted aquí. Vamos, vengan los dos a casa.

Una vez en el vestíbulo, se volvió hacia John. Sus ojos oscuros eran penetrantes.

—¿Qué clase de historia es ésta? Más vale que me lo explique antes de que llame a la policía la cual, según parece, no le gusta a usted demasiado.

—Ya se lo he dicho. Le estoy muy agradecido por no haberles permitido la entrada.

—No pretenderá hacerme creer que intentarían asesinarlo aquí.

John se encogió de hombros.

—Hay muchos medios y ellos utilizarían cualquiera de ellos.

—¿Por qué no se entrega entonces a la policía?

John duró un momento.

—Bien, ya es tarde para volver atrás. ¿Pueden oír una historia?

—Cuenta. Si no me parece satisfactoria, siempre puedo llamar a la policía. Pero antes, espere un momento.

Cogió el teléfono que estaba colgado sobre un bargueño y marcó un número.

—¿José? Ven con un par de chicos a mi casa. Hay dos gringos en la puerta de la calle. No os hagáis demasiado visibles, pero si esos dos hombres intentan entrar en la casa, duro con ellos. ¿Me has entendido? Bien.

Colgó y se volvió a John.

—Venga esa historia.

—Un momento —dijo Blanca. Encendió otra luz y abrió un mueble. Una fila de botellas se ofreció a la mirada de John. Éste se mojó los labios con la punta de la lengua. Nada le sentaría mejor que un buen trago, ahora.

La joven sirvió tres vasos y le entregó uno a John, otro a su padre y se quedó con el tercero. John lo bebió de un trago. Era *bourbon*.

—¿A quién llamó? —preguntó Higgins.

—Al capataz de mi hacienda. Cuando lleguen mis muchachos, si esos hombres intentan algo, se van a encontrar con gente bragada. No podrán hacer nada.

John no dijo que antes de que llegasen los peones de Delabarre, Horsteter y Belluno podrían hacer muchas cosas. En lugar de ello, y con la menor cantidad posible de palabra, explicó la historia. No se

dejó gran cosa en el tintero. Cuando acabó, después de cinco minutos, el padre y la hija se miraron.

—¿Eso es verdad? —preguntó Delabarre.

—En todas sus partes.

—¿Qué le hará la policía si usted les dice lo que ellos quieren saber? —preguntó Blanca curiosamente.

—No lo sé. El hombre del Tesoro me dijo que nada, si les proporcionaba las pruebas. Olvidarían lo del dinero.

—Pero... tendría que entregarlo a la ley, ¿no? —preguntó Blanca con un gesto burlón—. Eso es lo que le retiene a usted para entregarse a la policía, ¿verdad? Quiere quedarse con el dinero. John se volvió hacia ella.

—En este momento me preocupa más mi pellejo, pero supongo que cualquiera pensaría como usted dice. Medio millón de dólares no es un trozo de queso.

—No se muevan de aquí —dijo Delabarre—. Voy a subir para ver desde mi ventana si esos hombres están ahí todavía.

Los dos jóvenes quedaron solos. Blanca llenó de nuevo los vasos y le alargó uno.

—¿Es verdad lo que dice que ocurrió en el bar? ¿Fue la presencia de esos hombres lo que le hizo portarse como un cerdo?

—Así es, Blanca.

—¿Y esa mujer...? Supongo que estará usted muy enamorado de ella. Hay que estarlo para hacer todo eso por una mujer, creo yo.

—Creo que lo estuve, pero se ha borrado todo hoy mismo. En el plazo de doce horas. Así.

Hizo un chasquido de dedos.

—¿La odia?

—No lo sé. Tal vez... o quizá le tengo lástima. Sólo sé que desde que la dejé en la carretera, señalando mi coche a esos asesinos, no he vuelto a pensar en ella.

—¿Sabe que usted no tiene aspecto de ladrón?

—Los ladrones no tienen una cara especial, Blanca.

Ella rió musicalmente y cambió el tercio de una manera muy femenina.

—¿Sólo había visto una vez en la guía mi dirección y se ha acordado?

—Así es. ¿Qué hay de extraño en ello? La busqué todos estos días,

para que me dejase explicarle lo que había ocurrido y pedirle excusas.

Hizo una pausa.

—¿Son ustedes hacendados?

—Sí. Nunca me faltó el dinero. Tal vez por eso no me expliqué bien por qué tenía usted que robar ése. Me estoy preguntando qué diría Daniel si apareciese aquí, en este momento. Estuvo a punto de matarlo a usted el otro día. Afortunadamente se marchó ya. El no hubiera hecho lo que nosotros.

John puso una mano sobre la de la muchacha.

—Se ha portado usted extraordinariamente bien conmigo. Se lo agradeceré siempre, si es que salgo de ésta.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—John.

—John, entréguese a la justicia de su país. Si la cosa es como usted dice, tal vez no le alcance castigo alguno. Llame a ese hombre del Tesoro y entréguese. Dígales lo que deseaban. Supongo que tendrá otras pruebas.

—Tengo un doble juego de pruebas. No soy un tonto. Uno se lo di al abogado. Otro está en una lista de correos, de donde la recogería un hombre tan pronto como yo le advirtiese y me la haría llegar de nuevo.

—Sí, es usted listo, pero... debe entregarse. No puede huir siempre.

—Blanca —dijo de pronto su padre desde lo alto. Debía estar en la parte superior de la escalera—. Cerrad la puerta. No veo a esos hombres pero me ha parecido que algo se movía en el jardín. Vamos, aprisa, cerrad la puerta. Ya bajo yo.

La muchacha corrió hacia la puerta, seguida de John. Pero en el momento en que llegaban a ella, una figura se materializó en el umbral.

—Quietos —dijo una voz—. Quietos. Vayan retrocediendo hacia la pared. Pero, despacio, despacio y sin armar ruido.

CAPÍTULO X

Ambos jóvenes fueron retrocediendo, mientras Horsteter y Belluno entraban y cerraban tras de sí.

—Bueno, Johnnie —dijo el primero.

Llevaba la pistola en la mano y su cara brillaba por el sudor del esfuerzo realizado al saltar la tapia.

—Ve dirigiéndote hacia la puerta.

—El viejo —dijo Belluno—. ¿Dónde está el viejo?

—Cierto. ¿Dónde está el hombre que salió hace un momento?

John Higgins se encogió de hombros. Desde que oyeran su voz no habían vuelto a sentir nada en lo alto de la escalera. Se preguntó qué estaría haciendo Delabarre.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Blanca serenamente—. ¿Qué hacen en mi casa?

—No se ocupe de eso. Conteste a lo que le he preguntado.

—No se mueva, Higgins —dijo Belluno—. No se mueva o le meto un perdigón en el vientre.

—¡Fuera de mi casa! —insistió la joven—. ¿Qué hacen en ella? Llamaré a la policía si no se van inmediatamente.

—Nos marchamos enseguida —dijo Horsteter mirando a su alrededor.

Era evidente que la ausencia de Delabarre lo había puesto sobre aviso.

—En cuanto este tipo salga por la puerta. Vamos, Higgins, afuera.

Belluno dio unos pasos hacia el interior de la habitación, ligeramente inclinado.

—Vamos, salga si está ahí —dijo en voz alta.

—Déjalo, Link —intervino Horsteter—. Déjalo, no armes más líos. Ya teníamos lo que vinimos a buscar.

—Voy a Mamar a la policía —dijo Blanca, dando un paso. Pero lo que hizo fue colocarse junto a Higgins. Horsteter levantó la pistola. No había demasiado luz en el recibidor.

—Quieta, muchacha. Tranquilícese. Nadie va a llamar a nadie. Nos vamos ahora mismo. Johnnie, muévete hacia la puerta, procurando

tener los brazos bien separados del cuerpo. Un solo movimiento sospechoso y te frío.

John sintió en su costado el de la joven. Y en él, un bulto. No lo pensó. Fue cosa de un segundo, mientras Horsteter miraba a Link Belluno que volvía.

—Gracias por todo, Blanca —dijo. Y metió la mano en el bolsillo del vestido. La pistola pasó al suyo.

—No podrán salir —dijo la muchacha a los pistoleros—. Ya hemos avisado.

—¿De veras? ¿A quién? Johnnie, he dicho que no te muevas o te mato aquí mismo.

Higgins dio un paso hacia la puerta. La muchacha levantó la voz.

—No les obedezcas, John. No tienen ningún derecho a hacer eso.

—Es posible, pero lo vamos a hacer. Andando, Johnnie.

Higgins dio otro paso, procurando no interponerse entre Horsteter y la escalera. ¿Qué diablos estaría haciendo Delabarre? Sentía su pulso firme, ahora que sabía que podía defenderse.

—Ya voy —dijo lentamente—. No quiero que interpretéis mal algún movimiento mío.

—Hay una escalera al fondo —dijo Belluno—. El viejo podría estar escondido allá arriba.

—Deja al viejo. No podemos perder tiempo.

Higgins estaba ya casi en la puerta. Sólo un paso lo separaba de ella.

Horsteter caminó hacia Higgins y le hundió la pistola en los riñones.

—¡Sal! Vamos, Link.

Abrió la puerta e Higgins se colocó en el umbral. En ese momento empezaron a ocurrir las cosas.

—¡Aparta, Blanca! —aulló una voz desde la escalera.

Blanca dio un salto y desapareció en la penumbra. Al mismo tiempo, un fogonazo rayó las tinieblas en lo alto de la escalera. Belluno lanzó una maldición. La bala le debía haber rozado, pero la advertencia de Delabarre le había hecho moverse. Probablemente ello le salvó la vida, de momento.

Belluno disparó sobre Higgins. Éste sintió un violento golpe en el hombro izquierdo, y se dejó caer de rodillas al tiempo que sacaba la pistola de Blanca, un revólver del 22.

De nuevo sonó arriba la potente explosión del 38, y esta vez

Belluno, alcanzado en el pecho, cayó a tierra.

Las cosas comenzaron a sucederse con la rapidez de una cinta cinematográfica.

Horsteter se había repuesto de la sorpresa. Lanzó una patada a la cara de Higgins y levantó la pistola.

—¡Apártese, Higgins! —aulló Delabarre.

Higgins alzó la pistola, y Horsteter la vio. Disparó antes, y de no haberse apartado, John hubiera muerto en ese instante. Para impedirlo hubo de rodar sobre sí mismo. Una bala silbó por encima de su cabeza, la bala del 38 de nuevo, pero dio justo en el sitio en que había ocupado Horsteter un momento antes.

Higgins se incorporó. Horsteter se había metido en las sombras en que desapareciera Blanca. La muchacha gritó agudamente cuando los brazos del hombre se enrollaron a su cuello.

—¡Si vuelve a disparar, mataré a la chica! —gritó.

Higgins estaba ya casi en pie. El hombro izquierdo le dolía furiosamente y la sangre corría como un torrente brazo abajo.

—No la mates —dijo—. Iré contigo, Horsteter.

—Si toca un solo cabello de mi hija lo haré tiras —dijo Delabarre—. No se atreva a tocarla o morirá como un maldito perro.

—Tire su pistola o la mato a ella —fue la respuesta.

El revólver de Delabarre cayó pesadamente al suelo y el mexicano, con el cabello despeinado y un rictus espantoso en el rostro, apareció en la base de la escalera.

—Suelte a mi hija, asesino.

—¡Cuidado, Delabarre, va a disparar...!

Higgins se lanzó sobre Horsteter, el cual, mientras sujetaba a Blanca, había alzado el revólver. La bala se clavó en el brazo herido de John, el cual sintió un latigazo de espantoso dolor.

Pero ello no lo retuvo. Avanzó de nuevo, mientras Blanca, removiéndose, impedía a Horsteter hacer puntería de nuevo. La mano derecha de John actuó casi fuera de su voluntad. Se dirigió a la mano que sujetaba a Blanca y dio un violento tirón.

Horsteter blasfemó y disparó de nuevo, pero la bala fue a perderse en las molduras del techo.

En ese momento Blanca consiguió desasirse, mediante una fuerte patada hacia atrás, dirigida a la ingle de Horsteter, y que, aunque falló, le dio en el muslo.

Y John, a través de una especie de niebla, se fue por Horsteter.

Le golpeó con el puño derecho y lo tiró contra la pared.

—¡Papá, coge tu revólver! —gritó Blanca.

El viejo se agachó. Horsteter se había golpeado en una muñeca con el quicio de la puerta, y su pistola cayó al suelo. Higgins, medio loco de dolor, volvió a golpearle, solamente con el brazo derecho.

No era el momento de andarse con reglas. O valía todo o nada.

Alzó la pierna y la empujó en el bajo vientre de Horsteter. Éste retrocedió, con un gesto de dolor que abría su boca como si fuese a gritar.

—¡Apártese, Higgins! Déjeme matarlo —ordenó Delabarre, ya que el cuerpo de John le impedía tirar sobre el pistolero.

Y en ese momento, dos manos salieron de las sombras del exterior y cogieron a Horsteter por la garganta, mientras que otras dos le inmovilizaban los brazos. El pistolero intentó resistir, pero aquellas manos lo derribaron al suelo, como un fardo.

Luego le hicieron rodar hasta el interior. Eran tres mexicanos vestidos con pantalones blancos y camisas oscuras. Pusieron a Horsteter de pie, pese a su desesperada resistencia.

—¿Está bien, señor? —preguntó uno de ellos, un hombre de unos cuarenta años, de grandes bigotes y casi calvo.

—Sí. José. No lo soltéis. ¿Estás bien, Blanquita?

—Sí, papá.

La joven se acercó a Higgins. Éste se apoyaba contra la pared y sentía que los músculos de las piernas le iban fallando. Se escurría hacia el suelo, hasta que quedó sentado en él.

Su cara estaba crispada en una mueca de dolor.

—Me alegro de que haya llegado su gente, señor Delabarre, gracias.

—¿Está mal herido? —preguntó el hacendado.

—No lo sé, creo que no. Creo que el hombro o el pecho, y el brazo.

—Blanca, llama a un médico.

John cogió la mano de la muchacha, que intentaba incorporarlo.

—Espere un momento, quiero decirle algo.

—¡Pero se está desangrando! ¡Tiene que verlo un médico inmediatamente!

—¡Espere, por favor! ¿Pueden ayudarme a llegar al teléfono?

—¿Qué es lo que quiere hacer?

—Quiero llamar al señor Stepanek.

—Eso puede esperar —determinó Delabarre—. Lo primero es hacer que lo vea un médico.

—Les digo que no. Quiero hablar primero con ese hombre. Sé lo que hago, de veras.

—¿Va a cantar, asqueroso soplón? —preguntó Horsteter.

—Hacedle callar —ordenó Delabarre dirigiéndose a sus hombres. José le dio un fuerte golpe con la mano y la boca de Horsteter se llenó de sangre.

Blanca ayudó a John, que se había puesto en pie y lo condujo al teléfono. Delabarre se aproximó al pistolero de Meredith.

—Maldito perro —dijo con voz contenida—. Por haberte atrevido a poner tus sucias patas encima de mi hija, voy a hacer que te azoten hasta sacarte la piel a tiras.

Una expresión de miedo apareció en el rostro del norteamericano.

—Oiga, míster..., yo no quería...

—Más vale que lo dejes, papá —dijo Blanca—. No me hizo daño.

—Pero te puso la mano encima. Vamos, José, dadle algo que pueda recordar toda su vida.

—Lo sacaremos al jardín, por no manchar —dijo José—. Se acordará, se lo aseguro, señor.

Y se lo llevaron. Mientras John Higgins pedía que le pusieran en comunicación con el capitán de la policía, oyó aullar a Horsteter, pero sólo una vez. Quizá le habían tapado la boca.

—Capitán —dijo—. Quiero hablar con el señor Stepanek, del Tesoro de Estados Unidos. He hablado esta tarde con él en el aeropuerto. Sí, soy Higgins.

Esperó un momento y luego oyó la voz de Stepanek.

—Escuche, Stepanek. Quiero hacer una declaración. Sí, ante usted y todos los testigos que quiera... No, no puedo ir donde dice. Tendrá que venir aquí o enviar un coche a buscarme... Vergel... seis dos. Dese prisa... No, no es ninguna maldita broma. Esta vez puede usted alzarse con los laureles.

Colgó el teléfono y se volvió a la muchacha. Tenía el semblante blanco como el yeso.

—Creo que he perdido mucha sangre —dijo mirando la manga de su traje y el reguero de gotas que había en el suelo, ahora ya brillantemente iluminado—. Lo siento, los he metido a ustedes en un lío asqueroso. Si me hubieran dejado la pistola cuando se la

pedí... Vaciló. Delabarre lo sujetó.

—Vamos, Blanca, llama al doctor Agudo, pronto. Este desgraciado se está desangrando como un cerdo.

—Como un *hombre*, papá —replicó ella discando rápidamente.

Y entonces John Higgins se desmayó.

CAPÍTULO XI

El señor Kane Stepanek entró en el hospital de Saint John, en El Paso y una enfermera lo acompañó desde recepción hasta la sala 26. Un médico salía en ese momento.

—Soy Stepanek, del Departamento del Tesoro. He hablado por teléfono con el director y me ha dicho que podía venir a ver al paciente Higgins, doctor.

—Puede pasar.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien, en lo que cabe. Perdió mucha sangre, pero parece un hombre fuerte. Le hicimos una transfusión y le pusimos un calmante, después de reducirle dos fracturas, clavícula y húmero.

—Bueno, en ese caso...

Stepanek entró, acompañado por la enfermera. John estaba en la cama. Tenía el hombro y el brazo izquierdo escayolados. Un complicado sistema de poleas mantenía en alto el miembro.

—Bien, Higgins, parece que la cosa no va mal del todo. ¿No es eso?

—Al parecer. Gracias a Delabarre y a su hija. De lo contrario me hubieran cazado como a una liebre en su madriguera.

Hizo una pausa.

—Y aun así, ya lo ve. Estuvieron muy cerca de liquidarme.

—Higgins, no me gusta decir «ya se lo dije», pero la verdad es que fue usted un maldito tonto.

—No me molesta oírlo. Lo fui.

Miró al agente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Puede decírmelo?

—Oh, sí, cuando le digo que fue un tonto tengo algunas razones para hacerlo.

Se sentó en una silla, mientras la enfermera arreglaba las sábanas y la almohada del herido. Stepanek esperó a que se retirase.

—En efecto, alguien asaltó el despacho de Livingstone en Chicago, pero el abogado era demasiado listo como para dejarse coger en una trampa que se podía fácilmente ventear. Es un tipo listo.

—Por eso lo elegí. Por eso y porque es honesto.

—Había, dispuesto una carpeta muy voluminosa con toda clase de papeles, algunos de ellos copia de los que usted le confió, pero los verdaderos los había enviado a la caja fuerte de un Banco. Los ladrones se llevaron el legajo y le comunicaron a Meredith por teléfono que habían cumplido sus órdenes y que habían recuperado las pruebas.

John Higgins sonrió forzadamente.

—¿Le duele mucho, Higgins?

—No es eso, precisamente.

—Entonces Meredith decidió que usted había vivido ya bastante. Se trataba naturalmente de hacer un escarmiento y dio la orden de que acabasen con usted.

—Bueno, todo eso, excepto lo que hizo Livingstone, ya lo sabía. Pero lo que quiero que me diga es lo que ha sido de Meredith.

—Los agentes de Chicago fueron a ver a Livingstone con el documento que usted me firmó. Ayer mismo el abogado puso a disposición del Tesoro el legajo verdadero y un juez federal dio la orden de detención. Meredith fue apresado cuando se disponía a tomar un avión rumbo a Florida. También él se había dado cuenta de la jugada y no iba a continuar en el país mientras no se calmaran los ánimos. En este momento, nuestros contadores y peritos están estudiando las pruebas contra Meredith para evitar que se pueda escapar con unos cuantos años de cárcel nada más. Queremos tenerlo entre rejas todo lo que le quede de vida.

Hizo una pausa. Había soltado aquella parrafada casi sin puntos ni comas.

—Sobre todo nos basaremos en el asunto de las máquinas tragaperras trucadas.

John sonrió.

—Había una prueba palpable en los documentos que di a Livingstone a guardar. Habían arreglado los mecanismos de las máquinas «Helena» para que sólo produjeran el uno por ciento de los premios.

—Ya lo han visto. Eso, y el asunto de las carreras de caballos. Hizo usted una buena labor mientras trabajó para Meredith. ¿En cuánto calcula que defraudó al fisco?

—En cerca de diez millones en cinco años.

—Aproximadamente. Claro que...

Encendió un cigarrillo y se quedó mirando fijamente a Higgins.

—... Claro que Meredith no hubiera podido hacer gran cosa a no ser por hombres como usted que le arreglaban los libros a su capricho. Diablos, Higgins, ¿puede usted decirme por qué un hombre tan entendido en esos asuntos como usted no pudo encontrar un empleo decente?

John no dijo nada. Miraba abstraídamente a las sábanas.

—Tenía usted un buen historial cuando se puso a trabajar para Meredith. ¿Qué le hubiese impedido colocarse, por ejemplo...?

—¿En alguna empresa comercial, quizá? —preguntó John con un leve asomo de ironía.

—No, diantres, en el Tesoro.

—La verdad es que no se me ocurrió.

—¿No se le ocurrió, o prefirió volar por su propia cuenta, como, por ejemplo, en el asunto del medio millón?

—Puede ser. Stepanek, no le voy a decir que lo siento, porque en primer lugar no me creería y en segundo lugar no lo lamento.

—Sí, pero ¿qué va a ocurrir con el dinero de Suiza?

—Volverá aquí. Y a mí, ¿qué me caerá por todo esto?

—No lo sé. Pero... muy probablemente, nada, Higgins. Nos ha facilitado las pruebas y si devuelve el dinero, el juez no será duro. Hay varias maneras de obtener la recomendación de la ley Harvey. Higgins sonrió.

—Por cierto —dijo Stepanek—. Alguien se ha interesado por usted.

—¿Margaret?

—Oh, no, a ésa la detuvieron cuando cruzaba la frontera. No hay cargos apenas, por lo que el tribunal decidirá probablemente aplicarle una pena corta... No, se trata de otra persona.

Hubo un silencio.

—¿Qué ocurre? ¿No quiere saber quién?

—Dígalo.

—Se trata de esa joven mexicana y de su padre. Me han pedido permiso para venir a verlo. No se extrañará, supongo, que le diga que habrá un agente nuestro en la puerta, sin perderlo de vista.

—No, claro. Y..., ¿dio usted el permiso?

—Sí. Me parece una bella muchacha y además una señorita, no un pingo como Margaret. Bueno, y su padre... ¡Válgame Dios! Cuando cogimos a Horsteter lo habían trabajado bien. No creo que le

queden ganas de volver a matar a nadie en su vida. Bien, amigo. Nos veremos mañana quizá.

Le tendió la mano y Higgins se la estrechó. Cuando salió por la puerta, Higgins cerró los ojos, pero los volvió a abrir al sentir ruido. Blanca y su padre entraban en el cuarto. La muchacha se dirigió a él, pero fue Delabarre el que primero habló.

—Tiene muy buen aspecto para haber perdido tanta sangre —dijo—. Supongo que no lo habrán dejado inválido para toda su vida.

John negó con la cabeza.

—El médico dice que no... Quisiera darles las gracias por todo lo que hicieron por mí.

Delabarre movió la cabeza.

—Y... pedirles que me dispensen por el mal trago que les hice pasar. En realidad no tenía derecho alguno a mezclarlos en el asunto; pero no tenía a dónde volverme.

—Bueno, deje eso. Salió bien, ¿no? Pues entonces más vale no hablar de ello.

Blanca estaba junto a la cama de John. Éste la miró. La encontró muy bella y deseó decírselo, pero no se atrevió. Llevaba un vestido blanco de fresco hilo y sus oscuros cabellos brillaban a la luz tamizada.

—¿Qué le harán? —preguntó la joven.

—El hombre del Gobierno dice que habré de ser juzgado, pero que la cosa no se llevará adelante. Les he permitido coger al tiburón.

Hubo un silencio.

—Bien, me alegro de que no haya sido más —dijo Delabarre—. Blanca, no debemos cansarlo.

—¿Y qué hará después? —preguntó ella sin moverse—. Quiero decir, después de que haya terminado el asunto con el juez y demás.

—Blanca, por favor, ésas no son cosas que te incumban —dijo su padre.

—Pues... no lo he pensado. Me gusta esto y... me gusta el otro lado de la frontera. No lo sé. Quizá trate de rehacerme por aquí.

Se calló, mirando a la pared.

—Vámonos, Blanquita —insistió su padre, un poco violento.

Blanca se inclinó sobre la cama. Hasta John llegó el suave perfume de sus cabellos.

—Vuelva —dijo ella—. Ya sabe el camino, ¿verdad?

—No... no lo olvidaré en mi vida...

—Blanca... —dijo su padre. Pero en vista de que ella no le hacía caso, estrechó la mano de Higgins.

—Hasta la vista, míster —dijo.

—Adiós, y gracias, señor Delabarre.

El hombre salió, pero ella no se movió. John se volvió a mirarla.

—Se casará con Daniel, ¿verdad? No, no me lo diga. Me llevaría un disgusto y no estoy para disgustos. Los médicos me los han prohibido.

Ella lo miraba sin hablar.

—¿No contesta?

—No me casaré con Daniel. No es mi prometido.

—Entonces..., ¡diablos!, debe usted marcharse. Soy un enfermo. No puedo tenerla ahí, y respirar su perfume y... todo eso. No es justo. Usted no se porta con justicia.

—¿No? —preguntó ella. Lo miraba de una manera magnética.

—Escuche... Cuando termine el juicio, seré un hombre marcado, en cierto modo. ¿Qué trata de hacer? ¿Jugar conmigo? ¿Vengarse porque no la saludé una noche en un bar cuando usted estaba bebida?

—No sea embustero. No estaba bebida. Trato de saber si se acordará usted de la calle Vergel.

—¿Es que no puede dejar de torturarme? ¿No le he dicho que no la olvidaré en mi vida?

Blanca rió. John alargó el brazo derecho para cogerle la mano. Hizo un gesto de dolor.

—¿Lo ve? No debe excitarse. Le hace mal.

—¿Cómo quiere que no me excite, si me está volviendo loco, bruja? Se aprovecha de mi estado.

Ella le cogió la mano.

—Vergel, seis, dos.

Luego lo besó rápidamente en los labios y se dirigió a la puerta, dejándolo soliviantado y a dos dedos de ponerse a gritar.

—¿Volverás? —preguntó.

—Sí, mañana, cuando te hayas tranquilizado.

—¡No pienso tranquilizarme!

—Oh, sí, lo harás o no volveré.

Cerró la puerta tras de sí. John se volvió a la ventana y comenzó a

pensar que en la vida había algo más que medio millón de dólares en un Banco de Suiza.

Por ejemplo, Vergel, seis, dos, y... lo que había tras de sus tapias de ladrillo rojo.

FIN